



Julián Martel

La bolsa

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Julián Martel

La bolsa

Primera parte

- I -

El escenario

Una lluvia fina, un desmenuzamiento de agua helada, abundante y tupida como la niebla, se descolgaba de un cielo de alabastro, manchado allá abajo por un gran círculo de luz difusa. Desde la mañana estaba cayendo, cayendo siempre, ora en forma de aguacero torrencial, ora en la de sutil llovizna, muy entretenida, al parecer, en las múltiples tareas de deslizarse por la tela tirante de los paraguas abiertos, para adornar sus bordes recortados con flecos de cristal, y en fabricar su pasta color chocolate, a un tiempo mismo resbaladiza y pegajosa, esparciéndola por calles y aceras con una persistencia que dejaba adivinar sus deseos de no permanecer ociosa en medio del trabajo general. Complacíase también en hacer apurar el paso a los desprevenidos y en empañar el lustre de los coches y la nítida transparencia de los escaparates, envolviéndolo todo en un velo gris cuya densidad aumentaba con la distancia.

Soplando del sud-este, el viento hacía de las suyas. Cortante y burlón, se paseaba por las calles en actitud carnavalesca, arrojando a la cara de los transeúntes esas puñadas de lluvia que producen en la piel el efecto de crueles alfilerazos, y silbando aires extraños con toda la displicencia de un vago elegante que distrae su fastidio tarareando algún trozo de su ópera favorita. Pero a lo mejor, y sin motivo justificado, porque sí no más, encolerizábase de repente, y brusco y zumbante metíase en los zaguanes, sin llamar, como dueño de casa, invadía los patios y se colaba de rondón por la primera puerta franca que hallaba al paso, cerrándola tras de sí con la furia de un marido bilioso que viene de afuera dispuesto a vengar los contratiempos del día, en las costillas de su consorte.

Irritado sin duda por el mal recibimiento que se le hacía, escurríase por cualquier rendija, se escapaba nuevamente a la calle, y una vez allí, para desvanecer su mal humor, encaramábase a los tendidos hilos del teléfono, y pasaba por ellos su arco invisible, haciéndolos gemir como las cuerdas de un violín gigantesco. Terminada la fantástica sonata, echábase a correr por las desiertas azoteas, arrancando una nota de cada claraboya, una escala de cada chimenea.

Si encontraba al paso la bandera roja o azul de un remate, se detenía un punto, como para tomar impulso, y luego la arremetía furioso, la estrujaba, la sacudía, la tironeaba, como queriendo arrancarla del asta a que estaba sujeta, irritado quizás, él, músico desinteresado, artista vagabundo, contra la prosaica operación simbolizada por aquel trapo flotante.

A ratos parecía calmarse, como si cansado de hacer travesuras, quisiera darse un instante de reposo. Pero pronto volvía a las andadas, más inquieto, más loco, más bullicioso que nunca. Hubiera podido comparársele a esos calaveras valentones que recorren en pandilla los barrios infames, armando jolgorios en que van confundidas la nota trágica con la cómica, el atropello soez y sin motivo con la broma picante y moderada.

En la plaza de Mayo desembocaba iracundo, rabioso, hecho un salvaje. Desfilaba por delante del Congreso, rozándolo apenas sin buscar camorra a un enemigo que parecía huir, en una línea oblicua, como avergonzado por la humildad de su aspecto o por la perfidia de sus propias intenciones. Dábanle, además, sus tres puertas enrejadas cierta apariencia de tumba vieja, y hubiera podido jurarse que el viento murmuraba al pasar: ¡pobre libertad!...

¡Qué viento aquél tan caprichoso! ¡Cómo se metamorfoseaba! ¿Pues no hacía el papel de protegido del Gobierno, de elemento electoral, abalanzándose sobre la Aduana -sobre aquella Aduana maciza, chata, cuadrada, de grosera arquitectura- y trepando por las escalerillas pintadas de verde, no zamarreaba las persianas, haciéndolas sonar como matracas en sus quicios incommovibles, cual si quisiera llevárselo todo en un acceso de rapacidad delirante?

Y de súbito ¡qué reacción! Convertido de golpe en opositor intransigente, con qué empuje arremetía contra el palacio de Gobierno ante el cual un piquete de batallón se preparaba a saludar con el toque de orden la salida del presidente, viéndose brillar a la distancia la franja blanca de las polainas de los soldados.

Después de larga gira por pasillos y corredores, por antesalas y gabinetes, gira en que parecía ir preluando entusiastas discursos políticos, tenían que ver los bríos con que salía envuelto en lluvia, para lanzarse sobre la mole obscura y elegante de la Bolsa de Comercio, como si con las lágrimas que le hiciera derramar su pesquisa por los antros administrativos, intentase barrer y limpiar de una sola vez toda la escoria financiera...

¡Cuánto aparato! ¡Cuánto resoplido! Pero ¡ah, era el viento!... Allá salía otra vez a la ancha plaza, haciendo trepidar los vidrios de los faroles y los cristales de las frágiles garitas. Agarraba las palmeras, las doblaba, las hacía crujir y quejarse en el lenguaje trémulo de sus hojas. Luego, jadeante y desesperado, volvía a transformarse en político sin conciencia, y abofeteaba la pirámide gloriosa, haciendo, de paso, vacilar en su pedestal a la estatua ecuestre...

Emprendíala en seguida con el Cabildo, el cual, triste por la pérdida de su más bello ornamento, la torre, se levantaba junto al ancho boquete de la avenida, semejante a la enorme osamenta de un mameluco antediluviano. Allí entraba el señor sud-este, se paseaba, vociferando, por las salas abandonadas, y a poco se le sentía salir rugiendo como esos

litigantes que por no tener cuñas, ven premiada su falta de culpabilidad con una sentencia condenatoria...

De pronto los rugidos cesaban, se amortiguaban, degeneraban en femenino lamento plañidero; y era al pie de las columnas de la catedral donde iba a desvanecerse bañado en lluvia, alzando antes una especie de ruego fervoroso en que parecía pedir un poco de compasión para la patria saqueada y escarnecida bajo el manto de oropel que la especulación y los abusos administrativos habían echado sobre sus espaldas, manto que tarde o temprano debía caer para siempre, arrancando, como la túnica de la leyenda, pedazos de su propia carne a los mismos que con él se cubrieran.

Oíase por todas partes el clamoreo juguetón y travieso de los cornetines de los tranvías, que se cruzaban en gran número haciendo mil cortes y recortes, en torno del óvalo imperfecto de la plaza. A los cornetines contestaban de allá abajo, del lado de la estación Central, el ruidoso estertor y el silbido penetrante de las máquinas de los trenes. El río, confundido casi con el cielo, apenas si se distinguía.

A lo lejos, y por sobre el confuso amontonamiento de edificios, las torres de San Ignacio y las de San Francisco se desvanecían entre la bruma, como la silueta vaporosa de esos castillos fantásticos que entrevemos en la ilusión de un sueño. Iban a dar las cuatro de la tarde, es decir, era esa hora de inusitado movimiento, de agitación incesante que cierra el diario trajín de los negocios, y en la que parece que cada cual quisiera despachar en un instante la tarea descuidada de todo el día.

El corazón de las corrientes humanas que circulaban por las calles centrales como circula la sangre en las venas, era la Bolsa de Comercio. A lo largo de la cuadra de la Bolsa y en la línea que la lluvia dejaba en seco, se veían esos parásitos de nuestra riqueza que la inmigración trae a nuestras playas desde las comarcas más remotas.

Turcos mugrientos, con sus feces rojos y sus babuchas astrosas, sus caras impávidas y sus cargamentos de vistosas baratijas; vendedores de oleografías groseramente coloreadas; charlatanes ambulantes que se habían visto obligados a desarmar sus escaparates portátiles, pero que no por eso dejaban de endilgar sus discursos estrambóticos a los holgazanes y bobalicones que soportaban pacientemente la lluvia con tal de oír hacer la apología de la maravillosa tinta simpática o la de la pasta para pegar cristales; mendigos que estiraban sus manos mutiladas o mostraban las fístulas repugnantes de sus piernas sin movimiento, para excitar la pública conmiseración; bohemias idiotas, hermosísimas algunas, andrajosas todas, todas rotas y desgredadas, llevando muchas de ellas en brazos niños lívidos; helados, moribundos, aletargados por la acción de narcóticos criminalmente suministrados, y a cuya vista nacía la duda de quién sería más repugnante y monstruosa: si la madre embrutecida que a tales medios recurría para obtener una limosna del que pasaba, o la autoridad que miraba indiferente, por inepticia o descuido, aquel cuadro de la miseria más horrible, de esa miseria que recurre al crimen para remediarse...

El grito agudo de los vendedores de diarios se oía resonar por todos los ámbitos de la plaza. Sin hacer caso de la lluvia, con sus papeles envueltos en sendos impermeables, correteaban diseminados, se subían a los tranvías, cruzaban, gambeteando, la calle

inundada de coches y carros de todas formas y categorías, siempre alegres, siempre bulliciosos, listos siempre a acudir al primer llamado. En fin, la plaza de Mayo era, en aquel día y a aquella hora, un muestrario antitético y curioso de todos los esplendores y de todas las miserias que informan la compleja y agitada vida social de la grande Buenos Aires.

-Acerca más el coche a la vereda.

-No puedo, señor.

Y el cochero inglés, enfundado en su blanco capote de goma, que le daba el aspecto de un hombre de mármol, señalaba, inclinándose sobre la portezuela, el mundo de carruajes que llenaba la plazoleta de la Bolsa. Aquello parecía una exposición al aire libre de cuanto vehículo han adoptado la holgazanería y la actividad humanas para trasladarse de un punto a otro. Cupés flamantes de gracioso porte, tirados por troncos de rusos o anglo-normandos, que denunciaban la riqueza y buen gusto de sus felices dueños; ligeras americanas, de un caballo, sencillas, bonitas, como las usa la juventud elegante para pasear sus galas y su regocijo; tílburys desairados, guasos, plebeyos, propiedad sin duda de esos activos comisionistas que no se preocupan de la elegancia de su tren, sino de correr más aprisa que el tiempo; carricoches de alquiler, cuyo aspecto alicaído y trasnochado estaba en consonancia con las yuntas caricaturescas atadas a ellos; cabs extravagantes, con su asiento atrás, alto como un trono y raro como la excentricidad inglesa a que debe su origen, y otras muchas variedades de ese género vehículo que el industrialismo contemporáneo va enriqueciendo de día en día con nuevos e ingeniosos ejemplares, se interponían entre la vereda y el landolé del doctor Glow.

Al oír la respuesta del cochero, abrió el doctor la portezuela, bajó rápidamente, desplegó su paraguas, de puño de plata, y cruzó, haciendo zig-zags, por entre aquel laberinto de carruajes, yendo a detenerse en la acristalada puerta que da acceso al vestíbulo de la Bolsa. Allí cerró el paraguas, examinó atentamente sus botines de charol, que encontró en perfecto estado, se pasó la mano por el pecho como para estirar la tela del sobretodo azul cruzado, que lo abrigaba, y, acomodándose la galera, sonrió con aire de hombre que nada tiene que echar en cara al destino, no sin aspirar antes, con visible fruición, el Hoyo de Monterrey, legítimo, que sostenía entre sus blancos y apretados dientes.

Después de estos preliminares de hombre elegante y buen mozo, echó a andar, sin hacer caso a las solapadas insinuaciones de los vendedores de lotería, ni dignarse arrojar una mirada sobre los muchos y diversos tipos que, por no ser socios de la Bolsa, se ven obligados a hacer antesalas cuando algún asunto urgente los pone en comunicación con los bolsistas. Aquel dichoso o desdichado vestíbulo es para muchos el diente feroz de la trampa armada por los acreedores con el disculpable propósito de dar caza a sus clientes malévolos u olvidadizos.

Pero el doctor nada tenía que temer a este respecto. Siguió andando; tranquilo y risueño, paso a paso. Así cruzó la galería que sigue al vestíbulo, flanqueada de escritorios llenos de ruido y movimiento. Como la luz era muy escasa, Glow tuvo que fruncir los párpados para

distinguir a sus conocidos entre la chorretada de gente que inundaba la galería. Saludando a unos, lanzando cuchufletas a otros, amable con todos, llegó a la puerta del salón central. Allí se paró un momento, y fijó sus ojos, de un azul profundo, en el vasto cuadro que tenía delante.

De todos los sitios en que se forman agrupaciones humanas, ninguno que presente más ancho campo de observación al curioso que el salón central de la Bolsa de Comercio. El traje nivelador le da, a primera vista; cierto aspecto de homogeneidad que desaparece cuando la mirada sagaz ahonda un poco en aquel mar revuelto en que se mezclan y confunden todas las clases, desde la más alta hasta la más abyecta.

El fastuoso banquero, cuyo nombre, sólo con ser mencionado, hace desfilar por la mente un mundo fantástico de millones, estrecha con su mano pulida la grosera garra del chalán marrullero; el humilde comisionista se codea familiarmente con el propietario acaudalado, a quien adula según las reglas de la democracia en boga: el mozalbete recién iniciado en la turbulenta vida de los negocios, pasea por todas partes sus miradas codiciosas: el estafador desconocido, el aventurero procaz, roza el modesto traje del simple dependiente con los estirados faldones de su levita pretenciosa; el insulso petimetre ostenta su bigote rizado a tijera bajo la mirada aguda del periodista burlón que prepara su crónica sensacional husmeando todas las conversaciones y allegando todos los datos que, destilados en el alambique de su cerebro vertiginoso, han de llevar después la buena nueva a los afortunados, o el luto y la congoja al corazón de los maltratados por la suerte; el especulador arrojado formula sus hipótesis paradójales ante las caras atónitas de los corredores sin talento, que lo escuchan con más atención que un griego a la pitia de Delfos: el anciano enriquecido por largos años de duro trabajar, comenta, con la frialdad del egoísmo que dan los años y el éxito tras rudos afanes alcanzado, esa crónica diaria de la Bolsa, muchas de cuyas páginas están escritas con sangre; el usurero famélico gira y gira describiendo círculos siniestros en torno de sus víctimas infelices...

Promiscuidad de tipos y promiscuidad de idiomas. Aquí los sonidos ásperos como escupitajos del alemán, mezclándose impíamente a las dulces notas de la lengua italiana; allí los acentos viriles del inglés haciendo dúo con los chisporroteos maliciosos de la terminología criolla; del otro lado las monerías y suavidades del francés, respondiendo al ceceo susurrante de la rancia pronunciación española.

Un tímido resplandor penetraba por las altas vidrieras, y después de jugar en las doradas molduras del techo, iba a embotarse en las paredes pintadas de color terracota, dejando al salón envuelto en aristocrática penumbra. Reinaba allí esa misteriosa media luz que las religiones, amigas siempre de rodearse de misterios, hacen predominar en sus templos. Pero el carácter de solemnidad que tal circunstancia pudiera imprimir al recinto, era frustrado por el continuo ir y venir de gente, y el rumor de las conversaciones que se levantaba envuelto en el vaho de los cigarros.

A través de las grandes y majestuosas arcadas que unen al salón central con los laterales, se veía moverse una muchedumbre compacta, numerosa, inquieta. Notábase mucha agitación en los diversos grupos por entre los cuales se deslizaban de vez en cuando esas figuras pálidas, trémulas, nerviosas, que sólo se ven en la Bolsa en los últimos días de cada

mes; figuras que suelen representar a los protagonistas de tragedias íntimas, espantosas, no sospechadas. El doctor se abrió paso como pudo, hasta que consiguió llegar a la reja que limita el recinto destinado a las operaciones, vulgo rueda.

Agolpábase a aquella reja una multitud ansiosa, estremecida por corrientes eléctricas. Se veían pescuezos estirados en angustiosa expectativa, con la rigidez propia del jugador que espera la salida de la carta que ha de decidir la partida; ojos desmesuradamente abiertos, siguiendo con fijeza hipnótica los movimientos de la mano del apuntador, el cual, subido sobre su tarima, anotaba las operaciones en las pizarras que, negras, cuadradas, siniestras, se dibujaban como sombras en la pared del fondo.

En medio de ellas se destacaba la blanca esfera del reloj, sereno e imperturbable como el ojo vigilante del destino; la esfera de aquel reloj que era lo único que permanecía inalterable en aquel lugar de donde la tranquilidad y la estabilidad de las cosas están desterradas para siempre; la esfera de aquel reloj que había señalado tantas horas gratas y tantas horas amargas, y que ahora miraba al doctor como diciéndole: «ya veremos, amigo mío, ya veremos».

La rueda estaba muy animada. Salía de ella un estrepitoso vocerío, una algarabía de mil demonios: voces atipladas, roncadas, sonoras, de tenor, de bajo, de barítono, voces de todos los volúmenes y de todos los metales. Los corredores parecían unos energúmenos; más tenían el aire de hombres enredados en una discusión de taberna, que el de comerciantes en el momento de realizar sus operaciones. Y no sólo gritaban como unos locos, sino que también gesticulaban y accionaban como si estuviesen por darse de bofetadas.

Y, sin embargo, allí estaba la flor y nata de la sociedad de Buenos Aires, mezclada, eso sí, con la escoria disimulada del advenednicismo en moda. ¡Quién había de decir que aquellos hombres que se desgañitaban vociferando con chabacana grosería, y cuyos sombreros de elegante forma flotaban en la semioscuridad de la rueda, eran los mismos que después, por la noche, amables y pulquérrimos, se inclinarían al oído de una beldad para decirla, con suaves inflexiones de voz, y al compás de una polka o una mazurca, esas mil cosas íntimas a las que tanto encanto da la tibia atmósfera de un salón, o el recatado misterio de un gabinete perfumado!

Pero el doctor no observaba nada de esto. Otros asuntos lo preocupaban. Echó a andar nuevamente, cambiando bromas con los amigos que encontraba al paso, y recibiendo pellizcos y papirotazos en las orejas con la sangre fría del hombre aclimatado en ese ambiente especial de la Bolsa, donde por tan extraño modo andan confundidos lo trágico con lo cómico, lo grotesco con lo dramático. Y el doctor les dirigía a todos, al pasar, con amable acento, la misma invitación: «El jueves, en casa, ya saben, no faltar.» Volviéndose a derecha e izquierda, dando un sombrerazo aquí, agitando la mano allá, Glow se aproximó a la puertecilla que da acceso a la rueda. Un portero de levita azul y gorra galoneada le cerró el paso.

-Llame a Ernesto Lillo.

Hizo el portero de la mano una bocina y se metió por entre el gentío pronunciando aquel nombre con voz que le hubiera envidiado el mismísimo Tamagno, no por lo agradable, si no por lo fuerte.

Medio minuto después apareció ante el doctor un joven como de veintitrés años, alto, rubio, de facciones enérgicamente acentuadas, muy simpático. Vestía un sobretodo color gris-perla, de corte elegantísimo, y en su corbata blanca, de seda, escintilaba un rico prendedor de brillantes. Ligeramente bozo dorado iluminaba más bien que sombreaba el labio superior de su boca grande pero bien formada, y en su cara pálida brillaban dos ojos celestes, llenos de luz y de expresión. Llevaba el sombrero, de ala angosta, con luto de fantasía, echado atrás a la calavera, y un mechón de pelo rubio le caía sobre la tersa y despejada frente. En su fina y pulida mano apretaba un par de guantes color ladrillo.

Todo era simpático en Ernesto Lillo: la soltura de sus modales, que se resentían de cierta indolencia de muy buen tono; la energía, el vigor, la fuerza de su veintitrés años, floreciendo dentro de un temperamento robusto y nervioso, y particularmente un no sé qué de valor y de nobleza que se desprendía, de toda su persona, haciéndola muy atractiva y dándole ese a modo de poder sugestional que es el secreto del éxito de muchos en la ingrata lucha por la vida. Llamábase, como queda dicho, Ernesto Lillo, y era el corredor que ocupaba el Dr. Glow, a quien inspiraba ciega confianza el hermoso muchacho, correspondiéndole éste con igual adhesión. Habíanse conocido en el Club del Progreso, del cual ambos eran socios. Glow sabía que Ernesto vivía de su trabajo, y se había propuesto protegerlo, fortaleciéndolo en este propósito la circunstancia de haber llegado a su conocimiento un detalle conmovedor de la vida íntima de su protegido: que Lillo mantenía, con el fruto de sus comisiones, a su madre viuda y enferma.

-¿Qué dice ese D. Juan?

Para que el lector comprenda el sentido de esta pregunta, debo saber que Ernesto tenía fama de ser afortunado en amores, fama que, a la inversa de casi todas las famas, esta vez era perfectamente justa.

-Ando de felicitaciones, doctor -dijo el don Juan. -Imagínese que este mes, voy a ganar cerca de cinco mil pesos en comisiones.

-Lo felicito, pero ya hablaremos de eso... Ahora vaya y cómpreme dos mil acciones del...

Cuatro campanadas claras y distintas le cortaron la palabra, cuatro campanadas de un sonido argentino particular, porque cuando el reloj de la Bolsa canta la hora, tiene algo de esos relojes que dan las doce de la noche en los cuentos de aparecidos.

-Ya no hay tiempo, son las cuatro -dijo el corredor.

-No importa. Mañana a primera hora cómpreme dos mil acciones del Crédito Real.

-Está bien... Pero apartémonos un poco, para que no nos lleven por delante.

La advertencia no estaba de más. Por la puertecilla de la rueda desbordábase una corriente bullanguera e impetuosa que el doctor y Ernesto pudieron evitar parapetándose detrás de uno de los gruesos pilares que sostienen las arcadas laterales.

-¡Alto ahí, caballeros!

Esta intimación, cuyo enérgico significado formaba gracioso contraste con el tono en que fue pronunciada, hizo volver a ambos amigos la cabeza.

-¡Oh! D. Miguelín, ¿qué hay de nuevo por esos andurriales?

Delgado, vivaracho, elegante y resuelto, Miguelín hizo una pirueta sobre sus talones; luego estiró el brazo en dirección a las pizarras, y con alegre acento dijo:

-¡Miren!

-¿Qué cosa?

-La pizarra de la izquierda.

-Es inútil.

-¿Por qué?

-Porque desde aquí no se distinguen las anotaciones.

-Es cierto, esto está muy oscuro... ¿Saben cuánto he ganado con mis títulos de las Catalinas?... Tres mil seiscientos noventa y dos pesos.

-Has hecho el día -dijo con indiferencia el doctor, rascando la punta de su charolado botín con el extremo del paraguas.

-Y tú ¿vendiste tus acciones del Banco Nacional?, -preguntó Miguelín un poco desconcertado por la indiferencia del doctor, a quien no podía hacer efecto la ganancia de su amigo, pues estaba acostumbrado a ganar o perder cantidades mucho mayores que la mencionada por Miguelín.

-Sí, hoy en la primera rueda.

-¿Ganando mucho?

-Pregúntaselo a éste, que ha sido el corredor.

Glow señaló a Ernesto que acababa de sacar, del bolsillo interior de su sobretodo, una cartera de cuero de Rusia.

-¡Negocio redondo!, -exclamó el don Juan-. Eran 3500 acciones compradas a 267 y las hemos vendido a 315.

-¡Demonio!, eso es tener suerte! ¿De manera que de ayer a hoy has pichuleado?...

-Saca la cuenta.

A esta indicación del doctor, Miguelín, con un movimiento que le era habitual, empezó a morderse las uñas, fijando la vista en el suelo.

Este Miguelín era un buen muchacho, muy querido en la Bolsa, rico pero cauto y poco amigo de lanzarse a las grandes empresas aventuradas. Jugaba al oro y a los títulos, más que por otra cosa, por seguir la corriente, exagerando siempre las proporciones de sus jugadas a los ojos de sus amigos, que seguramente le hubieran motejado de cobarde en caso de reconocer la exigüidad de sus operaciones. Llamábase Miguel Riz, pero sus íntimos le designaban familiarmente con el diminutivo de Miguelín.

-A ver... son... son...

-168.000 pesos justos.

-Eso es.

-Lo que añadido a los 120.000 que ganaste el lunes con el oro, viene a sumar...

-¡La mar con todos sus peces!, -interrumpió el doctor encogiéndose de hombros y echando atrás la cabeza.

-A la verdad que da gusto ver cómo se gana el dinero en esta tierra de promisión,-dijo Ernesto mojando con la lengua la punta de un lápiz niquelado, y trazando algunas cifras en el diminuto cuadernillo de su cartera.

-Lo que más gusto da es ganarlo -observó el doctor sonriendo.

-Ninguno mejor que tú lo sabe. Buenos millones te ha dado esta Bolsa.

-No puedo quejarme, -y aquí el doctor afectó una naturalidad que estaba muy lejos de ser sincera.

-Ni tú ni nadie. Si esto es una Jauja, un Eldorado, un... ¡qué sé yo! ¿Quién es el que no está hoy rico, si basta salir a la calle y caminar dos cuadras para que se le ofrezcan a uno mil negocios pingües? La pobreza es un mito, un verdadero mito entre nosotros. Por eso los ingleses que tan buen ojo tienen para descubrir filones, están trayendo sus capitales con una confianza que nos honra. Los que me inspiran recelo son los indios, que empiezan a invadirnos sordamente, y que si nos descuidamos acabarán por monopolizarlo todo.

-Es lo que digo yo-. Y Glow habló pestes de los judíos: «Ya son dueños de los mercados europeos, y si se empeñan lo serán de los nuestros, completando así la conquista del mundo!»

-No, no hay que temerles tanto. El hecho es que el país se va a las nubes. Nuestra tierra es riquísima, goza de ilimitado crédito, se trabaja en ella; en fin, lo dicho, esto se va a las nubes.

-Y de la inmigración ¿qué me dices?

-¡Qué quieres que te diga, hombre! 150.000 inmigrantes al año significan algo. Pronto la cifra ascenderá a 300.000.

-Este año parece que va a llenarse esa cifra.

-¿Y las sociedades anónimas? ¿Has visto tú nunca una abundancia igual de ellas?

Alegre rumor de estrepitosas carcajadas interrumpió el diálogo. Volviéronse los tres amigos y fijaron sus miradas curiosas en un grupo de personas que cerca de ellos había. Las risas eran producidas por la actitud tragicómica de un vejete de semblante cadavérico que, envuelto en un cavour negro, gesticulaba agarrándose una oreja, mientras arrojaba por la sumida boca espeluznante borbollón de atroces juramentos.

Existe entre la gente de Bolsa la estudiantil costumbre de darse entre sí todo género de bromas, siendo jurisprudencia establecida que no hay derecho a incomodarse, cosa, por otra parte, que a ninguno conviene, pues con el pretexto de curarlo del feo vicio de la necesidad y retobamiento, todos hacen blanco en el que menos dispuesto se muestra a tolerar las burlas, salvo rarísimas y formidables excepciones. Pero en cambio se reconoce la facultad de devolver broma por broma, y tan es así, que no hay parte alguna en que esté más en vigencia ni mejor interpretado aquello de que «donde las dan las toman».

Por eso es la Bolsa una admirable escuela para los tontos y los vanidosos. Quieras que no, allí se reforman los caracteres más altivos, los temperamentos más ásperos se suavizan, el hombre se hace más tolerante y más sociable. Esta saludable costumbre tiene por causa la necesidad de reposo que sienten los nervios continuamente distendidos por incesantes y profundas agitaciones.

La broma de que acababa de ser víctima el vejete, consistía en caldear el regatón de un bastón, para luego aplicarlo a la mano u oreja del primero que se encontrase al paso, lo cual debía producir la sensación más agradable del mundo, según podía colegirse por los visajes y aspavientos de la momia del cavour.

-Si estos diablos parecen chicos de escuela a veces, -dijo Glow pudiendo apenas contenerla risa.

-Así es el hombre -arguyó Miguelín, que solía alardear de filósofo escéptico. -Miren cómo alborotan todos esos caballeros que después saldrán de aquí echándose las de formales.

-¡Estás filosofando!, -dijo Ernesto con aire de zumba. -Pero ya que tienes ganas de murmurar del prójimo, fíjate quién está allí.

-¿Dónde?

-Allí, aquel de bigotes grandes y cara de maniquí de sastrería, que le está metiendo partes y novedades al presidente del Banco de Italia.

-Conozco a ese pájaro -dijo Miguelín apoyándose en el brazo de un banco de nogal.

-¿Quién es?, -preguntó Glow.

-Hoy es nada menos que el dueño del sud Cucurucho, y candidato, según parece, para diputado a la legislatura de Buenos Aires.

-¿Ése?

-Sí ése. ¿Y sabes lo que era hace un año?

-¿Qué?

-¡Mozo de café! ¡Cuántas veces recuerdo haberlo gritado porque no me despachaba pronto!

-¡Qué cosas se ven en esta dichosa Bolsa!, -observó Ernesto.

-Eso no es nada -dijo Glow. -Miren con disimulo a este señor muy alto y muy derecho que está a espaldas de nosotros.

-¿Al de la capa?

-No, al que está a su lado. Uno que lleva un levitón hasta los talones.

-Ya lo veo. Es el dueño de aquel chalet tan bonito que estuvimos contemplando el otro día. ¿Recuerdas?, -dijo Miguelín a Ernesto en voz muy baja.

-¿Cuál?

-Aquél del camino de Palermo, hombre.

-¡Ah!, sí.

-Pues han de saber ustedes que ese caballero, hoy nada menos que director de un sindicato, estuvo preso por estafa en la cárcel de Montevideo, -dijo Glow arrojando la colilla de su habano.

-¡Es posible!

-Como que yo lo vi por mis propios ojos en una visita que hice el otro verano a aquel establecimiento. Pero es preciso confesar que estos tipos son escasos en nuestra Bolsa-, prosiguió el doctor después de una pausa durante la cual Miguelín y Ernesto examinaron con una mezcla de aversión y curiosidad al ex-presidario. -Yo no sé cómo la cámara sindical abre las puertas de esta casa a ciertas personas.

-Es que ella no puede andar averiguando los pelos y señales de todos los que solicitan ser socios de la Bolsa. ¡Son tantos!

-Tienes razón. Más culpables son los que los presentan.

-Ligerezas que algún día se corregirán.

-O que no se corregirán nunca.

Miguelín se puso un dedo en los labios. Un señor muy erguido, ya entrado en años, de pelo ceniciento y ralo, alto, de piernas larguísimas, tipo yankee, vestido con un sobretodo gris de anchas solapas, pasó sonriendo plácidamente por junto a nuestros tres amigos y los saludó con aire de impertinente protección.

-¡Qué facha!, -dijo Glow apuntándose en el paraguas y mirando al yankee. -Cualquiera diría que vale alguna cosa.

-¡Y vale, caramba si vale!, -exclamó Miguelín.

-No lo conoces, cuando dices eso.

-Digo que vale... por todos los pillos habidos y por haber! Mira qué colega has echado.

-Y Miguelín señalaba con el dedo a Ernesto el bulto del yankee que aparecía y desaparecía entre los grupos distantes.

-Psché, hay tantos como ése en la rueda, -contestó Ernesto.

-Antes obtenía una porción de proveedurías como por ejemplo aquella del ejército, que hizo morir de hambre a los pobres soldados de la frontera.

¿Qué trapisondas son las que hace hoy ese ciudadano?, -interrogó Glow, que aunque sabía los malos antecedentes del yankee, no estaba al corriente de todos los detalles en que se fundaban.

-Casi nada -dijo Ernesto con sorna. -Imagínese que él es su corredor...

-¡Dios me libre!, -interrumpió Glow haciendo un gesto de espanto.

-Amén. Pero lo pongo a usted en el triste, tristísimo caso, para que resulte más clara mi explicación.

-Si es así, adelante.

-Pues como le iba diciendo, figúrese que el caballero de que hablamos es su corredor. Usted, como es natural, no anda siguiéndole los pasos, sino que procede como me hace el honor de proceder conmigo, es decir, le deja cierta libertad de acción que él aprovecha de la siguiente manera. Compra los títulos, o el oro, o lo que V. le mande comprar; pero si resulta que se produce una suba favorable, en vez de correr a V. y decirle: «Señor Glow, tome sus títulos, ya tiene una ganancia de tanto», se los guarda para sí, y después de embucharse la diferencia producto de su estafa, se presenta a V. y con cara muy compungida le dice: «¡Ah, doctor! discúlpeme, pero ¡qué quiere!, no me atreví a comprarle los títulos que me ordenó, porque me pareció que iban a bajar», o «a subir», según V. juegue al alza o a la baja. Yo estoy acostumbrado a ver estas cosas todos los días. Se hacen de mil maneras diferentes, y ha llegado a suceder hasta que se alteren las anotaciones de las pizarras. Este delito, este verdadero delito, se designa entre nosotros con una palabra demasiado suave para calificarlo. Se llama gato.

-¿Gato una anotación falsa en la pizarra?, -dijo el doctor con acento de protesta.-¡Eso es un crimen! ¡Cuánta pobre gente se guía por las anotaciones! ¡De manera que la sección comercial de los diarios suele no ser reproducción exacta del estado de la plaza?

-Es claro que no, porque los diarios lo que hacen es copiar las anotaciones de las pizarras.

No eran desconocidas para Glow estas artimañas de los corredores; pero encontraba más decente aparentar ignorarlas.

-También sucede -prosiguió Ernesto- que a veces se ponen varios de acuerdo para hacer subir, o bajar, como les convenga, el precio de las acciones o del oro, fingiendo hacer operaciones a precios que estén en el orden de sus conveniencias. La semana pasada ocurrió un hecho digno de contarse. Un cliente manda a un corredor de antecedentes dudosos, que le compre mil acciones de la Territorial a un precio determinado. El corredor me ve a mí, se me acerca, y me hace la siguiente proposición: «D. Fulano -me dice- desea comprar tantas acciones de tal clase a tanto. Sé que V. tiene en su poder ese número de acciones. ¿Quiere que hagamos una cosa?» -¿Cuál?, -le pregunto. -«Finja vendérmelas a un punto más, y partimos la diferencia.» Como ustedes se imaginarán, mi contentación fue darle la espalda. Pero media hora después vi anotadas en la pizarra mil acciones de las que él quería comprar, al precio mismo que me propuso hiciéramos el negocio: a un punto más de lo que valían. Aquel corredor había probablemente encontrado el cómplice que necesitaba.

-No era difícil -observó Glow haciendo un molinete con el paraguas.

-No crea doctor; en nuestra Bolsa, a pesar de los abusos que en ella se cometen, y que nadie puede evitar, hay mucho honor, tal vez más que en ninguna otra Bolsa del mundo. Hay en la rueda personas que se levantarían la tapa de los sesos antes de cometerla menor irregularidad.

-Allí viene el marqués. Háganse los que no le ven, porque si nos ea capaz de venir a pedirme plata prestada, y ya me tiene seco a pedidos, -dijo Miguelín tapándose la cara con el pañuelo.

Miguelín aludía sin duda a cierto joven muy peripuesto y afiligranado que desfiló sin hacer alto en nuestros tres personajes, dejando en pos de sí impregnada la atmósfera de olor a jazmín de Guerlain.

-Lástima que sea apócrifo. Tiene tipo de noble.

-¿Sabes que se casa?

-¿Con quién?

-Con una hija de Martiniano Laber, el rico estanciero.

-Si la conozco. ¡Lástima de muchacha! ¡Tan bonita y caer en semejantes manos!

-A la verdad que da pena -dijo el doctor sentándose en uno de esos bancos que hay adheridos a todas las paredes de la Bolsa- da pena ver la facilidad con que estos aventureros encuentran aceptación entre las muchachas porteñas. Ellas posponen a cualquier hijo del país cuando se les presenta uno de esos caballeros de industria que al venir a nuestra tierra se creen con los mismos derechos que los españoles en tiempo de la conquista...

-Peor, mucho peor -apuntó Miguelín cerrando los puños. -Es cierto que la inmigración en general nos reporta grandes beneficios, pero también lo es que todo lo que no tiene cabida en el viejo mundo, viene a guarecerse y medrar entre nosotros. El Gobierno debería ocuparse de seleccionar...

-¡Chist! ¡Atención!

Grave, majestuoso, balanceándose suavemente al andar, la faz rubicunda teñida por aquel pincel a cuyo extremo hay una botella de ginebra o cualquier otro artista espirituoso; cubierta la cabeza por un galerín cuyas angostas alas hacían resaltar más de lo permitido una nariz prominente, llena de grietas rojizas; envuelto en largo paletó con cuello y bocamangas de pieles, don Anatolio Raselano avanzaba hacia el grupo formado por nuestros tres amigos. Llegó hasta ellos, se detuvo un segundo, saludó con un «buenas tardes, señores», y siguió adelante.

-¡Miren, que marcha triunfal!

Lo era en efecto. ¡Cómo se descubrían todas las cabezas y se doblaban todas las cinturas! ¡Cómo se abría ancho paso al vejete de la nariz pintarrajeada por el alcohol! Había cara que se volvía hacia él y se iluminaba como esas flores que presentan su cáliz al incendio del sol.

-¡Lo que es gozar del favor del Gobierno!, -dijo el doctor mirando con aire melancólico aquellos homenajes tributados a un borracho. -¡Cómo se conoce que es socio del...!

Aquí nombró a alguien, a un personaje cuya elevada posición no puede ser comparada a ninguna otra, porque las supera a todas.

-¿Éste es el mismo Roselano que intervino en la famosa venta del ferrocarril de marras?

-El mismo -repuso Miguelín. -Dicen que sacó un bocado igual al del gobernador y demás socios.

-¡Pobre patria; en qué manos has caído!, -exclamó el doctor incorporándose. -Y miren lo que es el mundo. Todos esos que tan amablemente lo van saludando ahora, son los primeros en hablar mal de él y en criticar los abusos del Gobierno y sus favoritos. Hasta yo me he contagiado. A pesar de mis simpatías por la oposición, no he tenido el menor inconveniente en invitar a toda la gente situacionista para el baile del jueves. ¡Pero fíjense en ese cuadro!

Glow tenía razón. Descubriéndose las cabezas con respeto al paso del hombre de la nariz colorada, más apenas pasaba, las bocas buscaban los oídos, y los oídos escuchaban placenteros los dicterios de las bocas.

En aquel momento Lillo dijo que tenía mucho que hacer, y se separó de sus amigos. Miguelín no tardó en hacer otro tanto, y ya el doctor se preparaba a marcharse en pos de él, cuando oyó que alguien lo llamaba.

¿Avez vous vu monsieur Granulillo?

Glow se volvió. El que hablaba masticando las palabras francesas con dientes alemanes, y no de los más puros, por cierto, era un hombre pálido, rubio, linfático, de mediana estatura, y en cuya cara antipática y afeminada se observaba esa expresión de hipócrita humildad que la costumbre de un largo servilismo ha hecho como el sello típico de la raza judía. Tenía los ojos pequeños, estriados de filamentos rojos, que denuncian a los descendientes de la tribu de Zabulón, y la nariz encorvada propia de la tribu de Ephraïm. Vestía con el lujo charro del judío, el cual nunca puede llegar a adquirir la noble distinción que caracteriza al hombre de la raza aria, su antagonista. Llamábase Filiberto Mackser y tenía el título de barón que había comprado en Alemania creyendo que así daba importancia a su oscuro apellido.

Iba acompañado de un joven, compatriota y correligionario suyo, que ejercía el comercio de mujeres, abasteciendo los serrallos porteños de todas las bellezas que

proporcionan los mercados alemanes y orientales. También escribía en un diario de la tarde en cuyas columnas prestaba importantes servicios a los intereses judíos, consiguiendo muchas veces dirigir la opinión en favor de éstos. Era, además, presidente de un club de traficantes de carne humana, que tenía su local en las inmediaciones de una comisaría, y al cual la policía no se había permitido molestar nunca. Pero la profesión ostensible de aquel innoble personaje, era la de comerciante de alhajas, que le servía para encubrir su infame tráfico y dar un pretexto decente a sus continuos viajes al extranjero. Pálido, rubio, enclenque y de reducida estatura, sabe Dios qué extraños lazos lo unían con el barón de Mackser, al que parecía tratar con exagerados miramientos.

Como no conocía a Glow, el traficante de carne humana se quedó a algunos pasos de distancia, esperando a que su amigo acabase de hablar con el doctor. Guiñando los ojos, el barón preguntó a éste:

-¿Et comment allez vous, mon cher docteur?

Glow le dijo secamente que bien. Claramente se notaban sus deseos de separarse del judío, que no lo dejaba, hablándole en el único idioma común a los dos, en francés, porque el descendiente de Judas no conocía el español, y Glow no entendía el alemán. No ignoraba el doctor que aquel semita era un enviado de Rothschild, el banquero inglés, que lo había mandado a Buenos Aires para que operase en el oro y ejerciese presión sobre la plaza. Lo que el doctor no sabía era que Mackser tenía la consigna de acaparar, de monopolizar, con ayuda de un fuerte sindicato judío, a cuyo frente estaba él, las principales fuentes productoras del país. El único argentino que lo secundaba y a veces hasta dirigía, no tardará en aparecer, y quizás el lector haya previsto que no era otro que aquél por el cual acababa de preguntar Mackser al doctor. Por fin el barón se despidió, apresuradamente y fue a reunirse con el traficante de carne humana. Glow no acertaba a explicarse esta brusca separación, cuando vio que se acercaba pausadamente el célebre Carcaneli, llamado el rey de la Bolsa, el fénix de la especulación, el genio sin segundo que avasallaba la plaza con un gesto, con una operación, con un capricho, y que estaba destinado a morir loco y pobre en un apartado rincón de Italia, acometido por el delirio de las grandezas y el de las persecuciones, que le producía accesos furiosos durante los cuales se imaginaba ser el eje a cuyo alrededor giraban los millones de todos los mercados del mundo, y después la víctima perseguida por acreedores tan feroces y despiadados como Shylock. Aun hoy se ve, en el centro de la Avenida, República, el palacio extravagante que edificó en el apogeo de su fama y de su fortuna, y que demostraba, por la rara disposición de su jardín estrambótico, muy cambiado ahora, el desorden mental que empezaba a trastornarlo, acosado por la ambición frenética de llegar a ser el árbitro de las finanzas argentinas, y trabajado por una vida de desórdenes y placeres que debilitaban su cerebro devorado por una fiebre que lentamente lo consumía. Era grande en todo. Generoso, bueno, espléndido, amado de la juventud, a quien estimulaba y protegía.

¡Pobre Carcaneli! ¿Quién no lo recuerda? Venido a América en el vientre de un vapor repleto de inmigrantes, había desembarcado en Buenos Aires con sus zapatos herrados, su mezquino equipaje de inmigrante engañado por las promesas de los agentes oficiales y trapiondistas, y su pintoresco traje de pana rayada. Lo acompañaba un primo suyo, Fracucheli, y juntos se pusieron a trabajar en calidad de peones de una empresa

ferrocarrilera, consiguiendo, en tres años de cruentas privaciones, reunir entre los dos un corto capital que Carcaneli centuplicó rápidamente, gracias a su talento audaz y a su prodigiosa actividad, llegando a dominar la Bolsa con sus golpes, atrevidos de especulador improvisado, y conquistándose una posición social muy en relación con sus méritos. Fracucheli se levantó con él y estaba a punto de fundar un Banco por acciones, con un capital formidable.

-Mi buen Carcaneli ¿qué se cuenta de nuevo?

-¿Huyó el Judas?

-Así parece, cuando te ha visto...

Carcaneli se echó a reír. Huirle, a él, que no era ningún animal dañino. Se refería al barón de Mackser, su antagonista, que con ayuda del sindicato que presidía lograba hacerle una de esas guerras sordas, terribles, de que suele ser teatro la Bolsa, y en las cuales los protagonistas se ensañan de un modo salvaje, aniquilándose, destruyéndose mutuamente, hasta quedar uno u otro fuera de combate, es decir, deshonrado o pobre, cuando no las dos cosas a la vez. Y el barón evitaba siempre encontrarse con Carcaneli, temiendo sin un lance personal con el italiano, que estaba destinado a ser su víctima, suerte reservada a todo el que tenga la mala fortuna de entrar en lucha con los judíos.

Carcaneli se reía, acariciándose las chuletas norteamericanas, negras, cuidadosamente afeitadas al nivel de la boca. Grueso y fornido, de regular estatura, ojos muy vivos, azules, sanguíneo, fuerte, miraba al judío que no sabía dónde meterse y que acabó por desaparecer detrás de la puerta de la oficina de liquidación, mientras el italiano, despidiéndose de Glow, entró en la solitaria rueda y se paró delante de las pizarras.

¡Si no se hubiera ido tan pronto! Glow vio pasar, en medio de un estupor general que de improviso enmudeció todas las bocas, la alta y gallarda figura del que entonces era el héroe de todas las conversaciones, personaje casi legendario en los anales de la Bolsa, estigmatizado por los unos, defendido por los otros, terror y asombro de los más. Había surgido de repente manejando capitales fabulosos, tirando el oro a todos los vientos, fundando casas de caridad, protegiendo las artes, aplastando a los más opulentos con sus soberbias fastuosidades. Había sufrido, había luchado en silencio, enriqueciéndose poco a poco, soportando con paciencia los vejámenes hechos a su miseria por la sociedad. Y ahora, rico ya, se erguía él solo contra la sociedad en masa, la desafiaba, se gozaba en producir inmensos Kracks, arruinaba a amigos y enemigos, y sobre el tendal de víctimas inmoladas por su mano vengadora, se levantaba él, con su hermosa figura altanera, risueño, sereno, triunfante, invulnerable...

Cuando el doctor se vio solo en aquel vasto salón que se iba despoblando poco a poco, sacó un habano, lo encendió, empuñó el paraguas como se empuña una espada, y con el aire arrogante de un oficial que marcha al frente de su compañía, se dirigió hacia la puerta, cantando bajito:

-La donna è mobile

qual piuma al vento,
muta d'accento
e di pensiero...

- II -

Los entretelones

El estudio del doctor Glow estaba situado en el segundo piso de uno de esos edificios tan comunes en nuestros barrios centrales, construidos con el linceo propósito de sacar de la tierra el mayor beneficio posible, sin tener para nada en cuenta el gusto arquitectónico ni los preceptos higiénicos relacionados con la acción del aire y de la luz sobre el organismo humano. Amontonar; en un espacio relativamente reducido, el mayor número de habitaciones que se pueda, es el único objeto que preside a este género de construcciones, por otra parte muy útiles, sobre todo si se atiende a que ellas contribuyen a concentrar, durante las horas del trabajo, esa población activa y movediza para la cual es la distancia uno de los más enojosos inconvenientes.

Componíase, aquélla en que el doctor tenía su estudio, de tres pisos idénticos, que daban, en su parte interior, a un extenso patio embaldosado, cubierto por un gran techo de cristales opacos. Los balconajes corridos, las largas filas de puertas iguales, simétricas, numeradas, la total ausencia de adornos, la escasa luz, todo daba a aquel patio el triste aspecto de un pabellón de cárcel penitenciaria. Una escalera de mármol, en espiral, unía los pisos entre sí y con la calle.

Desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde reinaba allí una animación extraordinaria. Era un desfile continuo, un incesante ir y venir de gente de toda calaña, que corría de acá para allá, entrando a los escritorios, subiendo y bajando a saltos la escalera, agitada, bullente, febril, empujada por esa impaciencia que acosa al hombre cuando va en pos de la engañosa fortuna. Las dos piezas que constituían el estudio del doctor, estaban señaladas, respectivamente, con los números 74 y 76. Aunque ambas eran del mismo tamaño, y cada una estaba igualmente iluminada por un balcón que daba sobre la calle de Cangallo (ventaja de que no gozaban las demás piezas de la casa) diferían sensiblemente en el mueblaje.

Elegancia, lujo casi, había en la que propiamente podía llamarse el bufete. Cubrían la pared del fondo dos estantes de libros vistosamente encuadernados. El centro lo ocupaba un ancho escritorio-ministro, sobre cuyo paño verde se destacaba un hermoso tintero de bronce con el busto de Cicerón. Dos cómodos sofás de marroquí, y varios sillones y sillas del mismo cuero, todo rico; todo de buen gusto, invitaban al plácido descanso. Una estufa portátil, de bronce bruñido, entibiaba la atmósfera. Cuatro planos topográficos iluminados, pendientes de las paredes, y una blanda alfombra escarlata cubriendo el pavimento, completaban el mobiliario, con más una caja de hierro que por poco se nos escapa a causa de estar escondida en mi ángulo a donde apenas llegaba la luz.

La otra pieza, que se comunicaba con la ya descrita, por una puerta interior siempre abierta, no tenía más muebles que una mesita de pino, pintada de negro, que servía de escritorio a uno de esos dependientillos con cara de fantoche que son los correveidile de todos los bufetes; media docena de sillas ordinarias, alineadas a la pared, una prensa de copiar y una gran percha con muchas ramificaciones. Pero ya que hemos examinado la parte física del estudio de Glow, digamos algo sobre su fisonomía moral, si se nos permite la expresión.

Hacía más de un año que aquel estudio no lo era sino en el nombre. Desde que el doctor se había entregado en cuerpo y alma a las especulaciones bursátiles, había hecho de modo que la clientela se le fuese retirando poco a poco, y tanta mafia se dio para conseguirlo, que una vez terminados, bien o mal, varios litigios pendientes, no se encargó de más asuntos judiciales, y el que hasta entonces había sido el bufete de abogado se transformó de la noche a la mañana en escritorio de hombre de negocios.

Pues si bien es cierto que aún estaban allí los grandes estantes con sus apretadas filas de códigos y otras obras de derecho y literatura, no lo es menos que en aquel ancho escritorio-ministro ya no se escribía un solo alegato, ni reposaba un solo pliego de papel sellado bajo las apretaderas de cristal, prismáticas, que ahora servían para impedir que se volasen los muchos diarios cuya sección comercial constituía el único caudal de lecturas del doctor Glow, antes tan abundantes y escogidas.

-¡No, nada de pleitos, nada de embrollos!, -se había dicho cierta mañana el buen doctor, al meter la cucharilla de estaño en la taza del espeso chocolate que sirven en el Café de la Bolsa durante el invierno. Y desde entonces fue su estudio el punto de reunión de una porción de gente elegante, embarcada, como él, en ese buque roto de la especulación, cuyo seguro naufragio es tanto más doloroso, cuanto que cada viajero se imagina, al poner el pie en su resbaladiza cubierta, marchar a la conquista de un nuevo mundo. Toda, por supuesto, gente de tono: socios del Club del Progreso, del Jockey Club, carreristas distinguidos, clientes del Café de París, presidentes de sociedades anónimas, algún director de banco, algún periodista.

A la tarde, de cuatro a cinco, empezaban a caer por el estudio, como decían ellos en antítesis curiosa. El primero que llegaba era Juan Gray, un jovencuelo de aspecto enfermizo, que acababa de recibir, al cumplir su mayor edad, la parte de herencia que le correspondía de los bienes dejados por su padre, rico industrial muerto algunos años atrás. Especulaba en la Bolsa, trabajo cómodo y aparentemente lucrativo, y le gustaba tener en juego grandes cantidades, siendo su principal satisfacción que su nombre figurase en los negocios gordos. Administraba los bienes de su madre, que lo adoraba, y de quien tenía un poder general, porque es preciso advertir que la señora, viéndose atacada de una afección crónica muy grave, había tenido que irse a Europa por recomendación de los médicos, acompañada de otro hijo suyo, Alberto, menor que Juan, y que con éste constituía toda la descendencia de la señora de Gray.

Juan no era muy escrupuloso en la administración de los bienes de su madre. Creyendo adelantarlos, los tenía comprometidos en cuanto negocio Dios creó, y le servían, además, para pagar, en caso de apuro, sus deudas de juego, que solían ser considerables, pues estaba

enviciado hasta el punto de que no contento con jugar en la Bolsa, arriesgaba también grandes sumas en el baccarat del Club, en las carreras del hipódromo y en los partidos de los frontones. Su pobre madre ignoraba todo esto, cosa muy natural, porque Juan había observado siempre una conducta irreprochable, hasta el día en que, emancipado por la ley, y ausente la señora de Buenos Aires, se dejó arrastrar por el ejemplo de la juventud dorada, y queriendo competir con ella, se prostituyó hasta el grado que hemos visto. Vivía con una bailarina italiana, a la que había hecho retirar de las tablas, sosteniéndola en un tren de lujo escandaloso.

Después de Gray solía aparecerse por el estudio el caballero León Riffi, cuyo nombre era una irrisión, porque así en lo físico como en lo moral, más tenía de ratón que de león, salvo los bigotes y el ingenio de que suelen hacer alarde los roedores. Aunque no había cumplido su mayor edad (circunstancia que él ocultaba cuidadosamente), se creía una entidad financiera, no dándose cuenta de que el caudal que en poco tiempo lo hiciera ascender de tinterillo de un ministerio a propietario de algunas tierras y acciones de Bancos y sociedades anónimas, no lo debía, como se imaginaba, a los esfuerzos de su propio ingenio, sino a la época de sorprendente y falsa abundancia que enriqueció hasta a los más cretinos en los últimos años que precedieron al derrumbe de fines del 89.

Pertenecía Riffi a aquella juventud que la Bolsa levantó como una espuma en el periodo de su apogeo, salpicando con ella las mesas de las rotisseries, las carpetas de los clubs, los lechos de las cortesanas, los paseos públicos, los teatros; juventud enriquecida en un día, que ocupaba el primer puesto en todas partes, desterrando de los salones el ingenio y la chispa verdadera, y eclipsando al mérito real con sus fastuosidades insolentes. Una pincelada más: Riffi imitaba a Juan Gray, lo copiaba, ansiando identificarse con él.

En pos de los dos muchachos llegaba Germán Zolé, el ingeniero, que pretendía haber descubierto la cuadratura del círculo, o, lo que es lo mismo, el medio seguro de no perder jamás un céntimo en las jugadas de títulos. Era un hombrachón muy feo, narigón, flaco, zanguilargo, de cabeza cuadrada, matemática, que a todas las cuestiones, especialmente a las artísticas, pretendía resolverlas por el método de eliminación. Presidía una sociedad constructora creada por su iniciativa.

Después de Zolé entraba Granulillo, abogado sin clientela y ex-socio de Glow. Atraído también por el ambiente embriagador de la Bolsa, había echado a pasear a sus litigantes, y era un jugador audaz, sereno, valiente. Fresco y acicalado como una rosa, muy elegante y presumido, nadie hubiera podido imaginar todo el arrojo, toda la energía, todo el talento que se escondían detrás de aquel exterior delicado, femenino casi; detrás de la amable sonrisa de sus finos labios purpúreos, sobre los cuales el bigote castaño apenas se atrevía a insinuar una sombra ligera. Director de un banco oficial y periodista ingenioso, conversador ameno y temperamento artístico refinado, gozaba de generales simpatías, especialmente entre las damas, cuya sociedad buscaba él siempre.

Pero (lo diremos claro) aparte del valor, era de lo más vil que ha salido a la superficie terráquea. Podía, como César Borgia, haber llegado a ser el primer capitán de su tiempo; pero, como él, hubiera sido también el más corrompido de los gobernantes. En otras épocas habría adoptado el estileto por arma: el estileto o el veneno. Venido al mundo en el último

tercio del siglo XIX, la intriga insidiosa, la falsía admirablemente disimulada por una cultura parisiense, fueron sus armas. Cuando trataba de conseguir algo que le interesase, de satisfacer un capricho, no se paraba en barras, y echaba mano a todos los medios, buenos o malos, para lograr su fin. Sus padres, al obligarlo a seguir la carrera de abogacía, erraron su vocación, como la erró él mismo cuando creyó que había nacido para bolsista, aunque, necesario es confesarlo, anduvo más acertado que sus padres. En política ¿a qué altura no habría llegado?... Si algún día toma este rumbo, prometemos narrar su historia, que no dejará de ser interesante.

Escribía en diversos diarios, y fingiendo ocuparse de los intereses generales, nobilísima misión de la prensa, sus artículos, finos y picantes, eran un arma más que esgrimía con propósitos egoístas y nada sanos. Para que los lectores vayan dándose cuenta de sus sentimientos, deben saber que Granulillo tenía un hermano, el cual rara vez iba al estudio de Glow, pues el periodista, para proceder con entera libertad de acción, lo había hecho formar parte de otro círculo. Este hermano, de menos edad que él, había pasado su juventud trabajando como agricultor en un establecimiento rural que después compró con los ahorros acumulados en varios años de labor seria. Cuando el establecimiento florecía y prosperaba, el periodista escribió a su hermano aconsejándole que abandonase un negocio tan pesado y viniera a establecerse en Buenos Aires, «donde en un abrir y cerrar de ojos» -decía la carta- «centuplicarás tu capital.»

El agricultor tenía por su hermano una especie de respeto supersticioso. Creyendo que sus consejos eran dictados por el cariño y el talento, enajenó su granja y vino derecho a meterse en la boca de lobo, léase la Bolsa. Ahora bien, Granulillo no había tenido en cuenta sino dos cosas al inspirar a su hermano tan desastrosa resolución: apoderarse de la mitad de su fortuna porque estaba arruinado, y poder contar con un elemento que secundase ciegamente todos sus planes. Con el pretexto, pues, de que era ducho en el laberinto de los negocios, se hizo habilitar por Lorenzo (nombre del ex agricultor), y arrojó aquel dinero al gran tapete, convertido en esas fichas que llevaban el nombre de títulos, acciones, tierras...

Pero no era esto lo peor. Si Granulillo, que formaba parte de un sindicato cuyo objeto era hacer experimentar oscilaciones al oro, preparaba, por ejemplo, una suba, llamaba a Lorenzo y le aconsejaba que vendiese todo el oro que pudiera. El otro, inocente, vendía, dando la voz de alarma, que era lo que Granulillo se proponía, porque en la Bolsa, todos, al observar que Lorenzo se apresuraba a deshacerse de su oro, decían: «Cuando éste vende, debe ser aconsejado por el hermano.» El oro bajaba un poco, y entonces Granulillo y su sindicato de judíos alemanes, entre los cuales estaba el barón de Mackser, compraban grandes cantidades, haciéndolo remontarse a las nubes. Lorenzo, a quien estas emboscadas de su hermano iban arruinando insensiblemente, se desesperaba y le pedía cuentas de su conducta, enojándose mucho a veces; ¡pero el periodista hacía unos aspavientos!, ¡ponía una cara de inocente! Él estaba aterrado por aquello, sucesos imprevistos que perjudicaban a su buen hermano; mas ¡qué hacerle!, así era la Bolsa! ¡Fenómenos inexplicables que se repetían todos los días y cuya causa era tan misterio! -«¿Pero tú no diriges el sindicato que acaba de hacer subir el oro?», -le preguntaba Lorenzo estupefacto. Sí, era cierto, él lo dirigía, pero en la apariencia, nada más que en la apariencia. ¡Allí había manos ocultas que le hacían traición! ¡Él averiguaría quiénes eran los miserables! -«¿Y crees que yo también no pierdo?», - agregaba- «¡Si me estoy arruinando!... ¡Y que tu, tú tan luego, mi buen

hermano, mi cínico, mi queridísimo hermano, vengas a aumentar mi pena con cargos semejantes! ¡Todos en este mundo estamos expuestos a equivocarnos!»- ¡Con qué tono lo decía!... Resultado: Caín se las componía de tal manera, que acababa siempre por hacerse compadecer de Abel, y un abrazo fraternal era el desenlace de aquellas discusiones. ¿Conocéis ahora a Granulillo, abogado por fórmula, periodista por calculo, director de Banco por conveniencia y bolsista por ambición?

Pero el tipo más original de aquel círculo se llamaba Daniel Fouchez, nombre supuesto que servía para ocultar uno de los títulos más antiguos de Francia. Era marqués y había sido rico, aunque no mucho; pero los desórdenes de su juventud y sus dispendiosas prodigalidades dieron pronto al traste con una fortuna ya bastante mermada por los despilfarros de diez generaciones de holgazanes, y llegó un día en que el elegante parisién, frecuentador asiduo de los camarines de la Porte Saint-Martin y del Odeón, y galanteador generoso de las muchachas alegres de los boulevares, se encontró de buenas a primeras sin un franco en los bolsillos, abandonado de sus amigos, con el crédito agotado y las ilusiones moribundas. Un tiro lo resuelve todo. Él no se lo pegó. ¿Por qué? ¿Fue valor? ¿Fue cobardía? Ya porque su orgullo le impidiese dejar comprender su situación a sus relaciones, ya porque fuese demasiado ignorante para conquistarse una posición en el mundo científico o literario, el hecho es que se decidió venirse a América, de incógnito, a probar fortuna, resolución que no se avenía mal con su carácter un tanto emprendedor y aventurero.

Había oído hablar de Buenos Aires, de lo fácil que era enriquecerse en esta bendita tierra que sus amigas las cocottes alababan, enalteciendo la largueza de sus hijos, a quienes explotaban en grande, y entusiasmado por aquellos relatos maravillosos, se dijo: «En Buenos Aires está mi salvación. Vámonos a Buenos Aires.» Una vez resuelto, no quiso pedir cartas de recomendación a nadie gozándose interiormente en la idea de los comentarios novelescos a que daría lugar su desaparición, en el círculo de sus amigos y camaradas.

Cobró algún dinero que le debían, vendió cuanto poseía en alhajas y objetos de arte, y un buen día salió en secreto de París, sin decir adiós a sus relaciones, ni despedirse de un tío millonario a cuya generosidad no había querido apelar nunca. Llevaba en su equipaje, entre otras cosas indispensables, un... ¡teatro de títeres!... Apenas llegado a Buenos Aires, alquiló, en las inmediaciones de la Recoleta, un terreno baldío que encontró a propósito para levantar su barraca. Como Fouchez tenía un carácter muy alegre, todo esto lo encontraba él muy divertido.

Allí pasó un año el ilustre, marqués, encaramado en los bastidores de su teatro, manejando los hilos de los autómatas y hablando con voz nasal y de falso. Dio una serie de representaciones tan peregrinas como La reina de las hadas, El fantasmón de las treinta barrigas, Aladino o La lámpara maravillosa, Las aventuras de Polichinela, Don ¡que te como!, El dragón de las siete cabezas, y otras muchas ingeniosas obras del repertorio infantil.

Pero sucedió que un buen día, irritado por el poco favor que le dispensaba el público microscópico, hizo las de Don Quijote con el retablo de maese Pedro, y la emprendió a puñetazo limpio con todos sus muñecos, pudiendo decirse sin metáfora en aquella ocasión

que no quedó títere con cabeza. La masacre fue espantosa. De una feroz puñada le rompió la crisma a la delicada emperatriz Melisena, e hizo desaparecer, por el mágico procedimiento de un puntapié admirablemente asestado, las dos jorobas del travieso Polichinela, a quien esta vez no le valieron mañas. Plagiando a Hércules, aniquiló en seguida al dragón de las siete cabeza, partió por el eje a su alteza la reina Mab, sin respetar, en su calidad de marqués, la elevada jerarquía de tan gran señora, y después de enjugar el sudor que hiciera correr de su frente tan recia batalla, vendió el teatro con todos sus fantasmagóricos telones.

Con su producto compró un carrito y se hizo expendedor de helados, creyendo que el perfeccionamiento de este refresco le daría pingües ganancias; pero también esta vez se equivocó lastimosamente, y pronto tuvo que optar entre quedarse sin un medio o abandonar el oficio.

Prefiriendo, como es natural, lo último, estableció un cambalache, caminó mucho, comió poco, vendió por 100 lo que compraba por 10, y al cabo de poco tiempo se vio dueño de una suma nada despreciable. Y fue entonces cuando se le ocurrió aquella bendita idea de formar una gran empresa avisadora. Se asoció con un fuerte capitalista, a quien sedujo el proyecto, empapeló a medio Buenos Aires, inventó unos carros de mudanzas, de nueva forma, que tuvieron mucha aceptación, especuló en tierras, le fue bien, y siguió subiendo, subiendo, hasta que se encontró con un capital mayor que el derrochado en las correrías de su juventud.

Mas en lugar de establecer un negocio seguro, aunque no tan lucrativo como deseaba, se arrojó al torbellino de las aventuras bursátiles, viéndose pronto convertido en una de las potencias de la Bolsa. La necesidad había desarrollado su ingenio, y el temor de volver a ser su presa multiplicaba su actividad y sus esfuerzos. Era fundador de varias sociedades anónimas y propietario de numerosas fincas que compraba y vendía ganando diferencias considerables. Contaba, en la época en que se desarrollaron los sucesos que vamos apuntando, de treinta a treinta y dos años, aunque le daban mayor representación su barba negra, muy tupida, salpicada de algunas canas, y un principio de obesidad que lo mortificaba mucho, porque era presuntuoso como el que más. Llevaba el pelo cortado al rape; tenía negros los ojos, la nariz aguileña, la voz suave, distinguido el porte, y hablaba el español con bastante claridad, aunque su pronunciación gutural, unida a cierta petulancia muy propia del carácter francés, denunciaban su origen. Glow lo apreciaba mucho. Fouchez era su consejero, su amigo, su punto de apoyo en los trances difíciles. Granulillo le inspiraba una vaga desconfianza, que no sentía por el francés, y había contribuido mucho a esto el haber oído decir, no recordaba a quién, que a través de la niebla que envolvía la vida privada de Granulillo se dibujaba la figura de una mujer hermosísima que al mismo tiempo mantenía relaciones indecorosas con un personaje altamente colocado. Esto, interpretado de un modo desfavorable para Granulillo, y otras cosas raras que Glow advirtiera en distintas ocasiones, hacían que el abogado abrigase algunos recelos cuidadosamente disimulados. No tardaremos en saber si eran o no justos.

Una tarde, al entrar Glow a su estudio, encontró reunida a casi toda la camarilla. El gran Fouchez, tendido largo a largo en un sofá, aspiraba el humo de una pipa de espuma de mar, oyendo con estoica paciencia la enrevesada perorata que el ingeniero Zolé, formidable solista, le estaba endilgando hacía media hora. Junto al balcón, de pie, con el sombrero puesto, el ramo de violetas en el ojal, los guantes calados. Granulillo leía un diario de la tarde, mientras Juan Gray, sentado al escritorio, borroneaba una carta para su amada la bailarina. Sólo faltaba León Riffi.

-Caballeros, muy buenas tardes -dijo el doctor con acento entrecortado, porque la escalera lo fatigaba mucho.

-Esperándote estábamos.

-¿Sí? Pues aquí me tienen a sus órdenes.

-Se trata de poner en ejecución una idea del insigne Fouchez -dijo el joven Gray, suspendiendo la pluma sobre el papel.

La cara de Glow tomó la expresión del interés más vivo.

-¿Y puede saberse cuál es esa idea?

Fouchez recogió las piernas, las puso perpendiculares al pavimento, enderezó el cuerpo sobre aquel compás, y estiró la mano con un movimiento lleno de naturalidad.

-Es la cosa más sencilla, la más sencilla del mundo -dijo.

Y empezó a hablar con la mayor frescura de una porción de cosas sorprendentes. Él tenía un proyecto, un grande, un verdadero proyecto, de fácil, de facilísima ejecución. Las gentes demasiado timoratas, podían, es cierto, oponerle algunas objeciones. ¡Oh!, pero él sabía que estaba entre personas liberales, liberalísimas (y recargaba la palabra), en cuyo claro entendimiento no tenían, no podían tener entrada ciertos escrúpulos...

-Al grano, al grano -decía el doctor impaciente.

-Bueno, sí, es mejor dejarse de hacer salvedades hasta cierto punto ridículas entre nosotros. Al grano, al grano, como V. dice con razón. Mi proyecto es éste: Se busca un campo, un campo cualquiera, no muy extenso, pero que esté, eso sí, cerca, lo más cerca posible de la capital. En seguida se manda poblar ese campo, quiero decir, se levanta en él una gran ciudad...

-¡Pues no es nada lo del ojo!, -exclamó Glow pasmado.

-Pero una ciudad ficticia, una...

-¡Una ciudad ficticia!

-Déjalo explicarse -dijo Granulillo a su amigo, que iba de asombro en asombro.

El francés, después de aspirar una larga bocanada de humo, volvió a tomar la palabra, arrojando por boca y narices una serie de nubes cenicientas.

-Trataré de ser más claro. Se compra, como decía, un campo inmediato a Buenos Aires, y en él se edifican casas, muchas casas, de madera la mayor parte, de madera, eso es, salvo tres o cuatro, las principales, que serán de material, de material... ¿Comprenez-vous?

El doctor dijo que sí con la cabeza.

-Todas hechas, es claro, hechas a la ligera, muy a la ligera. Después ¿eh?, se levantan cimientos, cimientos de otras, para dejar sospechar que forman el plantel de una future población importante. En seguida, inmediatamente, ¿oye?, se contratan, por un mes o dos, a quinientos o seiscientos vagos, a quienes se les hace desempeñar l'oficio de panaderos, tenderos, almaceneros, zapateros, etc., y que irán a establecerlo con sus negocios en algunos de los edificios a que he hecho alusión antes... ¿Comprenez-vous?, perfectamente. Esto dará a mi ciudad, a nuestra ciudad, cierto aspecto de vida y movimiento, mucho movimiento que asegurará el éxito del negocio, de nuestro negocio. Y un día, cuando todo esté organizado ¡plaf!... Se anuncia, por todos los medios de publicidad de que se pueda echar mano, el remate, el gran remate de la importante villa... ¡Equis!

-¿Y después?, -interrogó Glow con acento indefinible, metiendo ambas manos en los bolsillos de su sobretodo y mirando aí Fouchez de un modo particular.

-¿Después? ¡Vaya una pregunta! Después nos embolsamos una suma de veinte veces mayor que los gastos que pueda ocasionarnos este brillante...

-¡Robo!

Glow fue quien lo dijo, Glow mismo, en cuyos ojos brillaba la chispa de la indignación más justa.

Si el pequeño busto de Cicerón que adornaba el tintero de bronce, hubiera lanzado uno de esos magníficos apóstrofes que tan celebre han hecho el nombre del ilustre romano, la estupefacción de los cuatro interlocutores del doctor no habría sido más grande que la reflejada en sus fisonomías al oír tan tremenda palabra. ¡Robo!

Granulillo se arrancó las violetas del ojal y hundió en ellas la nariz, como si quisiera aturdirse con el perfume de las flores. A Gray se le rompió la pluma en el momento crítico en que echaba la firma al pie de la esquila. En cuanto a Zolé, miró al doctor con unos ojos que demostraban sus deseos de hacer práctico en Glow su método de eliminación. Fouchez casi dejó caer la pipa; mas fue el primero en reaccionar.

-Doctor, fíjese en lo que ha dicho, y acuérdesese de quiénes son las personas con quienes está hablando.

-Bueno, discúlpeme, he sido demasiado severo -dijo el doctor, que era muy cortés, y en el que influía no poco el ser Fouchez autor del proyecto, para sentirse aplacado. -Pero ¡qué quieren!, hablándoles con toda sinceridad, el negocio me parece poco limpio, y en el primer momento se me ha escapado una palabra que me apresuro a retirar. ¡No hablemos más de la cosa!

El francés lo llamó aparte entonces. Se retiraron a un rincón de la pieza, y empezaron a hablar en voz baja, con acaloramiento reconcentrado el doctor, Fouchez con aire persuasivo.

-V. debe comprender, doctor, que este género de negocios está a la orden del día. El dinero abunda hoy que es un gusto, tanto que la gente no busca sino ocasión de gastarlo... Sí, doctor, no mueva V. la cabeza, convéznase... Estas especulaciones, especulaciones como la que le propongo, están admitidas, toleradas por todo el mundo, y parece, o mejor, no parece sino es evidente, que hasta entre las personas más honorables, las más honorables, se ha establecido una especie de emulación para ver quién es el que más, el que mejor se ingenia en sacarle el dinero al prójimo... ¡y en que se lo saquen!...

Siguió hablando con aquel estilo suyo particular que consistía en repetir palabras y conceptos como si creyese que de ese modo entenderían mejor lo que decía. No se sabe qué otras razones ni de qué orden adujo para convencer al doctor; pero es lo cierto que cuando Fouchez acabó de hablar, Glow sonreía con aire de hombre que acaba de ser convencido.

El doctor estaba dotado de los sentimientos más puros, y era refractario a todo lo que saliera del terreno legal, abierto a las ideas honradas y generosas: pero el medio ambiente en que respiraba había influido lastimosamente en él. Cada día iba dejando, sin darse cuenta de ello, un nuevo jirón de su sentido moral en la peligrosa pendiente por la que se deslizaba, aunque con esto no hacía más que seguir la corriente general, pues en aquellos tiempos de fabulosa memoria, el convencionalismo social permitía muchas cosas reñidas con la moral ordinaria. Glow era el tipo común del especulador de entonces. Hombre sano en un principio, mareado luego por una atmósfera corrompida, asimilado a ella después.

-Bien, señores, no sólo retiro la palabra injuriosa que impremeditadamente se me escapó sino que acepto entrar en el negocio.

Granulillo, que siendo el verdadero autor del proyecto, no había querido aparecer como tal ante Glow, temiendo sus escrúpulos dijo:

-Mañana mismo me pondré en actividad para que se inicien cuanto antes los trabajos.

-Sí, es preciso hacerlo pronto -observó Zolé, que durante la discusión había permanecido con un código en la mano, fingiéndose absorto en la lectura.

-Esta misma noche voy a escribir un artículo preparando el terreno para dar más tarde un bombo en regla a nuestra heroica villa -dijo el director de Banco, acomodando el ramo de flores en el ojal de su solapa de terciopelo, y contemplándolo con un arrobamiento que denunciaba su galante procedencia.

-En cuanto a mí (Zolé, al decir esto, se puso la mano abierta sobre el pecho, una mano tremenda), no pienso perder oportunidad de anunciarla verbalmente por todas partes.

-¿Y qué cantidad aportará cada uno de nosotros al negocio?, -interrogó Juan Gray, que estaba empeñado en la tarea de poner pluma nueva al lapicero de marfil.

-Eso se verá -dijo Granulillo, sacándose el sombrero y alisándose la onda del peinado. Por lo pronto lo que pueden hacer es presentar una solicitud de descuento al Banco de que soy director, y yo me encargo de hacerla despachar en dos días.

-¡Magnífica ocurrencia!

-Es natural, hay que aprovechar estos dos meses que me quedan. En cuanto a los comerciantes que tienen solicitudes... ¡que se embromen! ¡Yo no se las despacho nunca!

-Doctor, una palabra.

Todos se volvieron hacia la puerta, en cuyo dintel acababa de aparecer un jovencito pálido y enclenque, envuelto en una larga capa negra. Era León Riffi, el ratón.

-Qué hay?, -le preguntó Glow, acercándose a él.

-Aquí le traigo al químico de que hablamos ayer.

-¡Ah, sí!, con permiso...

Y paso a la otra pieza, donde había un individuo vestido con la sencillez propia de un jornalero endomingado. Su actitud humilde, su traje gris de paño ordinario pero muy aseado, todo predisponía a creer que se estaba en presencia de un honrado y modesto trabajador; pero a poco que se observase la movible expresión de su semblante, cubierto de espesa y enmarañada barba negra, y el fulgor sombrío de sus ojos inquietos, no podía menos de experimentar cierta desconfianza que en Glow se manifestó vagamente al encontrarse sus ojos con los del desconocido.

-El señor es el fabricante de licores químicos... El señor es el doctor Glow... Ya pueden entenderse...

Riffi, después de hacer esta presentación, se retiró discretamente a la pieza vecina, dejando antes colgada su capa en un cuerno de la percha.

-¿Es V. el que hace un chartreuse tan rico como el auténtico?

-Sí, señor; mejor, mucho mejor que el auténtico.

-¿Y qué es lo que le hace falta?

-Capital para comprar las máquinas y plantear la fábrica.

-¿Trae alguna muestra de su preparación?

-No, doctor, pero si V, quiere, mañana le mandaré una botellita, con eso V. ve que chartreuse como el mío no lo hay en el mundo entero.

-¿Es suyo el secreto de la fabricación?

-Sí, doctor, pero por herencia. Me lo reveló en España el prior de un convento, pocos minutos antes de expirar.

-¿Ha sido V. fraile?

-Nunca, doctor -repuso el químico riendo; y espero no serlo jamás.

-¿Sería V. pariente, hermano tal vez de aquel prior?

-No, nada de eso. Lo que sucedió fue que estando yo de paso para Madrid, en un villorrio de los alrededores de Sevilla, tuve ocasión de prestar al prior un servicio de importancia.

-¿Es V. francés?

-Sí y no. He nacido en Alemania pero...

-¡En Alemania V!

Glow, que había notado la pronunciación genuinamente francesa del licorista, sospechando que se burlaba de él, estuvo a punto de echarlo escaleras abajo.

-Sí. En Alemania; pero mis padres pasaron a Francia siendo yo muy niño todavía. Por eso parezco francés.

La explicación no estaba mal. Lo que sí tenía visos de novela era aquel cuento del prior moribundo, que al doctor se le había atragantado.

-Está bien. Yo reflexionaré y veré si me conviene o no habilitarlo.

-¡El negocio es magnífico!, -exclamó el otro, que habiéndose desconcertado un poco durante el interrogatorio, creyó distinguir un vislumbre de éxito en las últimas palabras del doctor.

-Imagínese -prosiguió con entusiasmo- imagínese que el litro de chartreuse nos vendrá a costar quince o veinte centavos. De manera que en cada litro ganaremos tres nacionales con ochenta y cinco centavos, vendiendo a cuatro pesos el litro, que es su precio.

Glow empezó a olvidar la historia del prior con la perspectiva de semejante ganancia.

-¿Pero es cierto lo que V. me dice?

El químico no pareció ofendido por la pregunta.

-Creo que V. tiene informes de mí. El señor Riffi, el doctor Granulillo y el sector Fouchez me conocen, saben quién soy... Además, V. probará mi preparación, y verá si es o no buena.

-¿Todavía duda el conciliábulo?, -preguntó Granulillo asomando la cabeza por la puerta.

-Hombre, ven, si esto es para dudar, ¡si esto es asombroso!, -dijo el doctor.

Fouchez apareció detrás de Granulillo. Éste hizo disimuladamente una seña al químico, seña que hubiera podido traducirse por: ¿qué tal? El químico no contestó a la seña.

Entonces aquello tuvo que ver. Entre el francés y Granulillo agarraron al pobre doctor y le pusieron la cabeza como tarumba. Aquel negocio no tenía igual; era un portento, la piedra filosofal, una mina inagotable. Ellos habían probado el licor. ¡Era delicioso, delicioso! ¡Y decir que podía fabricarse con poco menos que nada! Lo único que costaría un poco sería la instalación de la fábrica, pero ¡qué importaba!, si después daría resultados fabulosos, verdaderamente fabulosos -repetía el francés. Riffi y Gray también intervinieron haciendo grandes elogios del químico y su chartreuse. Zolé, el ingeniero, encontró un admirable pretexto para emplear su método de eliminación, demostrando matemáticamente, y con mucho aparato y manoteo, la excelencia de aquel invento prodigioso (textual).

-Pero ¿y las máquinas?, ¿dónde están las máquinas?, -preguntaba Glow aturdido.

-En París. Allí es donde las hay mejores.

-¿Y quién ira a buscarlas?

-Yo, si a V. le parece -contestaba el químico.

-¡Pero necesito una garantía por los dineros que le entregue para comprarlas!

-Yo seré el fiador -dijo Fouchez.

-¿Y por qué no quiere entrar V. en el negocio?, -le preguntó el doctor.

-Porque no tendré capital disponible hasta después de fin de mes, y el señor (designando al químico), está apurado por encontrar un socio capitalista.

-Si V., doctor, no quiere serlo, buscaré otro -dijo el francés nacido en Alemania.

No hubo más que hablar. Quedó convenido que el químico enviaría al doctor una muestra de su preparación, y si ésta resultaba buena, el fabricante saldría para Europa en el primer paquete, munido de la cantidad indispensable (que él calculaba en cien mil pesos) para proveerse de los elementos necesarios a la instalación de una gran fábrica.

Por fin el hombre se fue. Cuando salió, Riffi y Fouchez, que parecían ser los mejor informados respecto a los antecedentes del químico, se lo pintaron a Glow como un modelo de honradez y competencia. Luego veremos qué pájaro era el tal químico.

-¿Saben que tengo una idea soberbia para aumentar el premio de nuestra Sociedad Embaucadora?, -dijo Fouchez, cambiando de conversación.

-¿Y es?

-Fingir que la sociedad compra, ¿eh?... que la sociedad compra un lote, un lote importante de tierra, por valor (es una suposición, se entiende), por valor de diez millones (imaginarios, por supuesto, imaginarios), a la otra sociedad de la cual soy presidente. De esta manera todo el mundo dirá: «La Sociedad Embaucadora ha comprado a la Trapisondista tierras por valor de diez millones. ¡Compremos acciones de la Sociedad Embaucadora!»

-¡Y al día siguiente se irán a las nubes!

Zolé movió la cabeza de un lado a otro en señal de desaprobación. El ingeniero, antiguo constructor, entre otras cosas, de sólidos puentes, al romper el suyo para dejarse caer en la catarata de los negocios, era, como su amigo el doctor, un hombre honrado a carta cabal, y aunque después había ido aturdiéndolo insensiblemente el torbellino que lo arrastraba, solía tener momentos lúcidos en que hacía hincapié contra la corriente cada vez más turbia, a cuyo impulso fueron tan pocos los que subieron resistir.

Así es que cuando Fouchez con la cara encendida de entusiasmo, dejó de hablar, el ingeniero sintió que algo se sublevaba en su interior.

-Pero eso sería abusar de la buena fe de los accionistas -dijo mirando de soslayo a Glow, como para pedirle su parecer. Y los fondos de la sociedad ¿para qué se reservan sino para emplearlos en negocios que la benefician? Pues entonces, si es así, en lugar de hacer una compra ficticia ¿por qué no hacemos una adquisición real?

Granulillo creyó prudente tomar la palabra antes de que hablase Glow, que se preparaba a hacerlo.

-Un momento, no te apures (se tuteaban). Es que Fouchez no se ha explicado lo bastante (aquí se encaró con el ingeniero). V. sabe que las operaciones de títulos son las que mayores ganancias dan hoy...

-Es cierto.

-Ahora bien, a nosotros -prosiguió Granulillo- a nosotros, particularmente, y no en calidad de directores de la sociedad, nos hace falta dinero para comprar títulos.

-¿Pero no tenemos más de cinco millones invertidos en ellos?, -preguntó Glow acariciando el lomo de un infolio de la biblioteca.

-Cuanto más compremos, mejor -dijo Granulillo con aquella sonrisa que descubría la línea blanca de su dentadura de mujer. -Me dirás que no tenemos derecho a disponer de los bienes de la Embaucadora... ¡Santo y bueno! Pero sí podemos manejarlos de modo que gane la sociedad y ganemos nosotros ¿debemos o no hacerlo?

-Los fondos de la sociedad son sagrados. En ningún caso deben tocarse sino...

-¡Bah!, déjense de pamplinas. Nosotros, como fundadores y miembros de la comisión directiva, tenemos prerrogativas...

-¡Deberes más sagrados que los mismos accionistas, los cuales, confiados en nosotros, vienen a depositar su dinero en nuestras manos! ¡Y que después salgamos haciéndoles una mala partida! ¡No, hombre; es un mal proceder!

Glow, como el lector habrá observado, no tenía pelos en la lengua para cantar verdades; sin embargo, era tarea difícil vencer al periodista.

-No te enojas, caro amigo, no te enojas -dijo éste, palmeando familiarmente la espalda del abogado-, ¡tienes una facilidad para sulfurarte!

-Yo digo lo que siento.

-Pues si dices lo que sientes, contesta con franqueza a una pregunta.

-Veamos esa pregunta.

-¿Crees que es lícito hacer por la Embaucadora todo lo que pueda beneficiarla?

-Ya lo creo.

-Entonces permíteme que te diga que eres un mazacote.

Glow se quedó perplejo ante esta salida inesperada.

-¡Pero no eres tú el que me ha de comer, angurriente!, -dijo reaccionando y siguiendo la broma.

Y eres un mazacote, porque no has comprendido que lo propuesto por Fouchez dará importancia a la Embaucadora aumentando el valor de las acciones.

Glow tenía talento, rectitud, instrucción, pero era débil de carácter, y cedía con facilidad siempre que discutía con un adversario más firme que él. Granulillo, que lo vio vacilar, dio el golpe definitivo.

-Si no te gusta el negocio en la forma que lo ha planteado Fouchez, hagamos una cosa: cómprenme Vv., en representación y con fondos de la sociedad, mis terrenos de Flores; pero a fin de dar mayor importancia a la operación, avalúenlos a un precio más alto del que tienen, y repartámonos entre nosotros la diferencia que resulte entre el valor real y el que le demos. Y cuando la noticia de esta fingida adquisición se desparrame por la Bolsa, la gente dirá: La Sociedad Embaucadora ha comprado terrenos por tal valor -¡Es exorbitante!, -observarán algunos. -Pero si los solares son magníficos. -No importa-. Total: entre dimes y diretes, el resultado será que vendrán a disputarse nuestras acciones. Conozco esa clase de asuntos... En esto no hay nada de ilegal -añadió Granulillo, viendo que Zolé abría la boca para decir algo- pues al paso que van las cosas, antes de poco tiempo los terrenos valdrán, no digo el doble, diez veces más que lo que hoy representan.

Y lo creía como lo decía.

Un paréntesis. Granulillo había formulado, en pocas palabras, todo el secreto, que ya no lo es para nadie, del extraordinario precio que alcanzó la tierra en los famosos tiempos de la especulación. Las sociedades anónimas y los sindicatos, ayudados por los Bancos, que proporcionaban dinero a los especuladores, con perjuicio del comercio serio para el cual no lo había, dieron, con propósitos culpables de sus directorios, valor exorbitante a esa misma tierra que después lo perdería hasta el punto en que la vemos hoy, porque suspendidos bruscamente los créditos de los Bancos, amaneció un día en que faltó el dinero, llegaron los vencimientos, no se pudieron obtener nuevos descuentos, y la bancarrota necesariamente se produjo.

-¿Y para qué tantos enredos?, -preguntó Glow, mirando alternativamente a Granulillo y a Fouchez, el cual encaramado sobre un sillón, se preparaba a encender un pico de gas con pantalla de porcelana, medida oportuna, porque la noche se venía encima.

-¡Vaya una pregunta!, -dijo el francés, con un fósforo en una mano y la pantalla en la otra. Para ganar nosotros primero, nosotros ¿eh?, y después, para que la Embaucadora adquiriera importancia, mucha importancia.

Y en tanto que el pico del gas, lleno de aire, abría ruidosa y lentamente su llama azul en forma de abanico, Granulillo desarrolló un nuevo plan de operaciones bursátiles. Dijo que caucionando a un alto precio, en el Banco a cuyo directorio pertenecía, mil títulos de las Catalinas, que habían comprado entre todos, adquirirían un nuevo capital para comprar más títulos todavía, «y a estos nuevos títulos comprados -añadió- también podemos caucionarlos en otro Banco, para comprar más títulos aún. Podemos repetir la operación al infinito, y cuando menos acordemos, al encontrarnos con ganancias inmensas, retirar de los Bancos los títulos caucionados, y...»

-¡Quién había de decir que hasta los Bancos más serios expondrían sus capitales al azar, jugando su porvenir! Pero tu idea es soberbia; yo, por mi parte, la acepto -dijo Glow.

Mientras los cuatro amigos cambiaban ideas, Riffi y Gray sostenían animada conversación, cabalgando el primero en una silla, con los pies apoyados en los peldaños y la espalda en la pared; sentado el segundo sobre el escritorio-ministro, posición que le permitía entregarse al inocente placer de balancear las piernas haciéndolas entrar y salir por la abertura central del mueble. Hablaban de caballos, de studs que proyectaban comprar a medias, de pérdidas y ganancias al juego, de mujeres, de un escándalo promovido la noche anterior en una rôtisserie, con acompañamiento de trompis y botellazos; de un duelo probable entre dos amigos comunes y de otros asuntos por el estilo que forman el fondo de la conversación pintoresca y superficial de cierta clase de jóvenes.

Bien se comprenderá que los dos caballeritos que así entretenían su tiempo sin intervenir en la grave conversación de los otros cuatro, ocupasen al lado de éstos un lugar muy secundario. Eran, en efecto, algo como los rodajes menores de una máquina cuyos principales resortes se llamaban Zolé, Glow, Fouchez y Granulillo. Tenían su función propia que llenar, pero estaban subordinados a los movimientos impulsores de estos cuatro resortes, de los cuales recibían el movimiento con el automatismo propio de su rol completamente mecánico. Gray y Riffi se dejaban conducir, porque estaban convencidos de que esto Entraba en el orden de sus conveniencias. Sabían la influencia que los cuatro amigos ejercían en los negocios, y queriendo estar al tanto de sus manipulaciones se hicieron introducir en el círculo por intermedio de Granulillo, que era pariente lejano de la madre de Gray. Esto les costó, es cierto, una sangría formidable, de aquéllas que sólo saben hacer los directores de Banco hábiles como Granulillo; pero pronto se resarcieron de tal quebranto con las ganancias obtenidas gracias a las indicaciones del conciliábulo, ante el cual nunca se atrevían a manifestar su opinión, tan atendible como cualquiera otra, porque no se les escuchaba ni tenía en cuenta. Mas ellos pensaban: «¡qué se nos importa no tener opinión, si ganamos mucho!» (En los negocios, como en política, existe la adulación). Eran, eso sí, discretos, muy discretos, no por honradez, sino por conveniencia. Otro rasgo: les gustaba poder decir en la Bolsa a sus camaradas: Ayer estuve con el doctor Glow... - Fouchez me comunicó tal cosa (siempre mintiendo)... -Granulillo, que me invitó a comer anoche... -¡Ese Zolé es una pierna!

Después de haber hecho entrar al doctor por el aro del diablo, como lo hacía entrar siempre, Granulillo generalizó la conversación bajando el tema a la altura necesaria.

-¿Qué significaban esos papelitos azules que pusiste en el sobre junto con la carta?, - preguntó a Gray.

-Son las entradas de Variedades. Como no pienso comer hoy en casa, se las mando a Lucrecia para que vaya a esperarme al teatro.

Lucrecia era el nombre de su querida, la bailarina retirada.

-¿Es muy aficionada a variedades tu querida?, -interrogó Granulillo con su sonrisa más irónica.

Gray no comprendió el equívoco.

-Sí, le gusta ir a reírse un rato con las piruetas de sus antiguas compañeras. ¡Ah!, a propósito. Los invito a una comida para el domingo. El que quiera puede llevar sus más y sus menos... Después del Champagne se bailará, se jugará un poco...

Glow, que en este punto era, como todo hombre verdaderamente enamorado de su mujer, un puritano, dijo que agradecía la invitación, pero que no la aceptaba. Fouchez y Granulillo prometieron ir. De Zolé, ni hay que hablar, a pesar de su método de eliminación, nadie recuerda que se haya eliminado nunca en un caso de éstos. Era una buena pieza, con su seriedad y todo.

Cuando cerró la noche, los seis amigos bajaron la escalera entonando en coro un himno de agradecimiento a la grande, generosa, opulenta, adorable Bolsa, dispensadora de todos los beneficios, cueva de Alí-Babá y lámpara de Aladino, como decía el gran Fouchez, estableciendo, sin querer, una relación de ideas con aquellos tiempos en que trabajaba de titiritero, allá, en la barraca de la Recoleta, que ahora no se atrevía a mirar, cuando, muy echado para atrás en su victoria descubierta, iba camino de Palermo, arrastrado por su costosa yunta de magníficos rusos...

-¡Oh, la Bolsa!

- III -

El doctor Glow en su casa

-¿Está la señora?

-No, señor, todavía no ha vuelto.

-¿Salió con los niños?

-Sí, señor.

Y el portero, cuadrado militarmente, se inclinó respetuoso ante su amo que empezó a subir lentamente la ancha escalera de mármol del inmenso vestíbulo iluminado por tres grandes faroles de bronce y cristal, cuyos numerosos picos lanzaban torrentes de luz que hacían resplandecer como espejos las altas paredes pintadas al óleo y la abovedada techumbre donde se entrelazaban mil primorosos arabescos que hubiera firmado cualquiera de los artífices desconocidos que dieron forma material a ese sueño de huríes que se llama la Alhambra.

Al poner Glow el pie en el último y reluciente peldaño, se detuvo, con la mano apoyada en un hermoso jarrón de alabastro que haciendo pendant a otro colocado enfrente, ostentaba una de esas plantas japonesas, de grandes hojas oscuras y caprichosas, que tan bien se acomodan con el refinamiento y la variedad propias de nuestro siglo enciclopédico.

-Contento, satisfecho, el doctor arrojó una mirada a su alrededor, y sus labios volvieron a dibujar la misma sonrisa que se bosquejó en ellos a la entrada de la Bolsa. Pensaba que aquel palacio, situado en el centro de la Avenida Alvear, en pleno barrio aristocrático, era suyo, completamente suyo. Sólo quince días hacía que lo habitaba, y aún conservaba fresca la impresión que produce en el hombre acostumbrado a llevar una vida cómoda pero sin lujo, el repentino encumbramiento a las más altas cimas de una opulencia improvisada.

Allí tenía él bajo sus ojos aquel espléndido vestíbulo, con sus adornos costosos, sus muebles de cuero Cordú, labrado, su percha con espejo y su mesa de maderas raras, en la que reposaban dos gruesos volúmenes de las obras de Shakespeare, edición Hetzel. Allí estaba el precioso mosaico de mil colores, que parecía una alfombra tendida para ser hollada por el zapato blanco de una sultana.

-Es preciso que mañana mismo se coloquen los candelabros al pie de la escalera -dijo el doctor con voz que retumbó sordamente en el espacioso vestíbulo.

-Está bien, señor.

Con sus patillas abiertas, su levita negra y su corbata roja, el portero parecía, en lo inmóvil, un hombre helado por el frío al pie de la escalera.

El doctor levantó el tapiz morisco que cubría una puerta, y entró a un salón en cuya lóbrega concavidad brillaron tenuemente varios puntos y filetes de espejos y adornos al reflejar la luz del vestíbulo.

-Juan.

-¿Señor?

-Sube.

Oyose en la escalera el chis-chás impertinente de las botas del portero.

-Di que enciendan todas las luces de la casa.

Después de dar esta orden, Glow se dejó caer en el primer sillón que encontró a tientas en la oscuridad. A poco vio entrar una sombra, oyó castañetear maderas, raspar fósforos, y de repente...

¡Oh!, ¡cómo brotó de aquel caos de tinieblas aquel mundo maravilloso! El fámulo, encaramado en lo alto de su escalerilla, encendía, una a una, las bujías de porcelana de la gran araña central. Parecía, allá arriba, un dios de frac a cuya evocación iba surgiendo un universo de preciosidades.

Era de ver la cara que el doctor ponía al contemplar aquellos muebles riquísimos, con sus tejidos representando escenas de guerreros antiguos; aquella alfombra de Obussón, de

una sola pieza; aquellas paredes forradas, como un estuche, en seda color rosa pálido; aquellos coronados espesos que colgaban majestuosamente de las altas galerías; aquel techo en que el pincel de un verdadero artista había trazado unos amorcillos a quienes la Du Barry hubiera visto complacida abrir las alas en su mejor retrete; aquellos bronce sostenidos en pedestales forrados en riquísimas telas; aquellos grandes espejos, con sus dorados marcos de filigrana y sus jardineras al pie, llenas de flores, como ofreciendo un premio a las hermosas que quisieran mirarse en su cristal biselado; aquellas mil chucherías esparcidas en desorden por todas partes: vitrinas de rara forma, conteniendo objetos de fantasía; atriles caprichosos, con libros abiertos como misales unos, otros sosteniendo cuadritos de mérito; taburetes de raso pintado a mano; y allá en el fondo, una gran vidriera detrás de la cual se transparentaba otra sala envuelta en una penumbra que le daba no sé qué de fantástico y vaporoso.

-Ahora el otro, enciende las luces del otro.

El sirviente, cargado con su escalerilla de mano, que abría en compás debajo de cada araña, iba iluminando sucesivamente los salones, el comedor, la biblioteca, los dormitorios, seguido del doctor que parecía no cansarse de admirar los esplendores acumulados en aquellas habitaciones verdaderamente regias. Un cuento de la Scheherazade no lo hubiera deslumbrado más.

Y cuando el palacio todo quedó resplandeciendo bajo la inundación de luz que bajaba de cada pico; cuando, arriba y abajo, en el primer piso y en el segundo, en los sótanos y en el mirador, en el jardín y en los patios, el día artificial arrancó a la morada del doctor la capa de sombras que la envolvía, embriagado, loco de gozo y de vanidad, Glow empezó a vagar por entre todas aquellas suntuosidades, contemplándose en cada espejo, extasiándose ante cada cuadro, parándose ante cada mueble, mientras que por las puertas entornadas se veía aparecer a cada momento, ora la cabecita rubia y curiosa de una sirvienta, ora la cara afeitada del cochero inglés, ya el gorro blanco de un pinche de cocina, ya las correctas patillas del portero, cuyas cejas formaban el acento circunflejo más pronunciado que ha escrito el asombro en la fisonomía humana.

A través de los cristales de un balcón mira Glow retorcerse las cintas oscuras de los caminos del jardín. Observa la gruta gigantesca con su juego de aguas que un jardinero de blusa azul acaba de poner en movimiento. Se recrea en la contemplación de la glorieta, cuya red de madera será pronto envuelta por la madre selva que ya empieza a rodearla con sus mil delgados brazos, cubiertos de hojas en forma de escudos, cual si se prepararan a defenderla de los ataques, de algún formidable enemigo. De trecho en trecho, un pilar de hierro, erguido como un centinela colocado en su puesto para impedir el avance de la oscuridad, sostiene su globo de cristal opaco, que difunde suave resplandor por el parque inglés chato, lleno de macizos de flores sin más árboles que unas cuantas palmeras mecidas por el viento de la noche. Después manchas negras donde la luz no penetra, alternando con reflejos de un verde pálido y matices de un azul eléctrico. Y abajo, en la calle, del otro lado de la verja de hierro sobredorado, esbozándose en la tiniebla, bultos de gentes que se detienen azoradas ante aquella mansión que parece engalanarse para una fiesta; bultos entre los cuales ve el doctor relumbrar como los de un gato, dos ojos que quizás pertenecen a algún ser hambriento de éstos que vagan por las noches en torno de los palacios de los ricos,

con el puñal en el cinto, la protesta en el corazón y el hambre y la envidia por instigadores y consejeros.

Ante esta visión, Glow se vuelve con disgusto. Está en el comedor, en el amplio comedor, tibio y abrigado por el confortable fuego que brilla en el hogar de la gigantesca chimenea de nogal admirablemente tallado. La mesa puesta, sobre cuyo mantel, de blancura deslumbradora, chispean los cristales y la vajilla de plata, como escaparate de joyería, y luce hermosísimo ramo de flores en el centro, alegra la vista invitando a la próxima merienda.

El doctor arrima una silla a la chimenea y presenta las palmas de las manos al fuego confortador. «Esto es vivir», piensa, «así se comprende la vida.» Y compara mentalmente su situación actual con aquella infancia miserable, cuando su padre, un inglés, muy severo, venido a América en persecución de una fortuna que no logró alcanzar jamás (¡oh!, ¡eran otros tiempos!), lo obligaba a estudiar noche y día, queriendo sacar de él un hombre de provecho. ¡Si viviese ahora! Pero había muerto hacía muchos años, precisamente el mismo día en que Luis (éste era el nombre del doctor) ingresara a la facultad de derecho. Solo en el mando, porque su madre murió siendo él muy niño y no le quedaban más parientes, había empezado a luchar en esa vida oscura y abnegada del estudiante pobre y desconocido que se prepara en la sombra para salir a la luz, que suele ser la de la gloria. Fue reporter de diarios, empleado de un ministerio, y, sobre todo, estudiante aplicadísimo y de talento, de mucho talento, según lo probó el día en que al recibir su diploma de doctor en leyes, resultó designado para pronunciar el discurso de regla en la ceremonia de la colación de grados, honor que, como es sabido, sólo se dispensa al alumno que más ha sobresalido durante los cursos. ¡Con qué fruición íntima recuerda Glow en este momento, allí, en el suntuoso comedor de su palacio, aquel zaquizamí de bohemio que le sirvió de gabinete de trabajo!

¡Qué lucubración aquélla! Fue un desborde de ciencia y de imaginación, una protesta viva y triunfante contra la rutina de los discursos universitarios, una exposición atrevida de las teorías más nuevas sobre ciertos puntos del derecho penal, en que la paradoja, campeando con las galas de un brillante y original estilo, engañaba con los colores de la verdad, hacía pensar por la profundidad de la filosofía y levantaba el espíritu en vuelo poético alternando a veces con la sátira de Juvenal. Fue un triunfo, un triunfo completo y merecido, que hizo estremecer el salón de conferencias bajo los aplausos de maestros y discípulos, tributados en presencia de multitud de hermosas damas que le enviaban como premio sus sonrisas más amables y sus elocuentes miradas.

¡Y el despertar del día siguiente! ¡Aquel abrazo dado en plena calle al vendedor de diarios que le estiraba la hoja impresa, cuna de su gloria, donde su discurso, publicado en sitio de honor, era acompañado de frases encomiásticas que ponían bien de relieve su nombre, hasta entonces poco menos que inédito! A partir de ese día, su horizonte se fue despejando. Entró a practicar en el estudio de un célebre abogado, del cual salió al poco tiempo para abrir bufete aparte, contando, como contaba, con una clientela que conocía su habilidad para dar a la ley interpretaciones endiabladas. Un discurso de vez en cuando, pronunciado con cualquier motivo; un artículo de diario con su firma al pie, escrito sobre cualquier cosa, pero siempre bien escrito, buenas maneras; físico agradable, facilidad de palabra y natural tacto social, le conquistaron las simpatías de todo el mundo, y lo hicieron

considerar como a un muchacho de muchas esperanzas. Frecuentó la sociedad, los paseos, los teatros...

Y fue en una de aquellas noches clásicas de Colón cuando, en el apogeo de su brillante fama, vio por primera vez a la graciosa Margarita, la señalada por el destino para ser su inseparable compañera. El doctor, al llegar a este punto de sus reflexiones retrospectivas, cierra los ojos y recuerda el momento y la escena con sus detalles más insignificantes.

Una sala enorme, llena de gente, con sus filas de palcos como guirnaldas paralelas en que se entrelazan bustos soberbios, brazos desnudos, descotes floridos, abanicos inquietos, ojos asesinos, alhajas, terciopelos, blondas, toso animado, embriagador, incitante. ¡Y allá, en un palco grillé, desdeñosa y espléndida, ella, Margarita, aguantando, sin pestañear, los asaltos que la juventud dorada le dirige apuntándole sus binóculos como puntos de admiración escritos por todos los ámbitos de la sala en honor de su belleza!

¿Quién es? ¿Cómo se llama? El flamante doctor no tarda mucho en averiguarlo. Es la nieta de un guerrero de la independencia, cuyo nombre tiene la resonancia de un título nobiliario. ¿Rica? No, más bien pobre, pero con la fortuna suficiente para afrontar las exigencias de su alta posición social. ¿Tiene familia? ¿Con quién vive? Con una tía, una hermana de su padre, que la quiere como si fuese su hija. ¿Quién puede presentársela?

-Yo -le dice el amigo a quien Luis ha detenido en un pasillo para pedirle estos informes.

-¿Ahora mismo?

-Ahora mismo.

-En marcha, pues.

Entran a un antepalco donde dejan los abrigos y los sombreros. Luego, una voz argentina, preciosísima, se deja oír:

-¿Eres tú, Ernesto?

-No, señorita, soy yo, somos nosotros -dice el amigo oficioso, levantando la cortinilla roja del palco y entrando en él, seguido de Luis.

-¡Ah!, disculpen Vv... Es que hace media hora que mi primo fue a buscar unos bombones y todavía no ha vuelto.

¡Su primo! El doctor siente que se crispan sus nervios, al oír nombrar aquel primo. Sigue una presentación, se charla un poco, la señora que acompaña a Margarita ríe a más y mejor de las salidas de Luis, que está feliz aquella noche: hay ofrecimientos de casa, promesas de visita... Total: el doctor vuelve a la platea muy distinto de como salió de ella. Le ha acontecido, en tan breve espacio de tiempo, algo que todavía no está bien averiguado, si es la mayor de las desgracias o el mejor de los bienes: se ha enamorado, pero loca, furiosamente, como un escolar, como un necio... ¿y por qué no también como un sabio?

El doctor sonríe al recordar su repentino enamoramiento de novela romántica. Y sin embargo, nada más real, nada más positivo.

-Después recuerda los goces de amor propio, infinitos, supremos, que le proporcionó su triunfo sobre aquel corazón que nadie había conseguido rendir jamás. ¿Y las bodas? ¿Aquella noche que no olvidará, no, mientras viva? El desfile del Buenos Aires de tono por los salones de Margarita, el baile, las bromas de los amigos, la fuga en coche a lo mejor de la fiesta...

Luego vinieron quince días de embriaguez, de exaltación delirante, pasados allí, en un rincón de la campaña, escondido entre un jardín misterioso en el cual no se oía más que estallidos de besos bajo el espléndido cielo azul, y desatada charla de pájaros que convertían aquel paraíso en un extravagante manicomio ornitológico. Y en seguida, como un telón que se corre, la vuelta a la ciudad, en un tren rápido, expreso. Y otra vez el bufete, y los discursos, y los artículos periodísticos, y mil planes para el futuro, planes políticos especialmente. ¡Oh!, él haría carrera en política. Sabía hacer hermosas frases, y aunque las frases hermosas no son ni la honradez ni el patriotismo ¡cuán arriba llevan las hermosas frases! Su mujer, además, que era ambiciosa, y que quizás, al casarse con él sabiendo que era un joven de esperanzas, había soñado en impulsarlo a subir alto, muy alto (esto el doctor ni lo sospechaba), también lo inducía a meterse en política. Y no había elegido mal la pícara muchacha, porque de la generación de Glow, él era quien más valía, quien iría más lejos; pero...

¡Se lo tragó la Bolsa!... ¡Lo atrajo, lo absorbió con su inmenso aliento de abismo! Le presentó esos espejismos engañosos por los cuales le mostraba al pobre de ayer nadando hoy en ríos de oro. Al principio titubeó, tuvo escrúpulos. ¿Y si le iba mal? ¿Y si en vez de ganar como los otros, perdía lo poco que había adquirido a costa de tantos y tantos sacrificios? Pero ¡bah!, -se había dicho recordando a multitud de conocidos suyos enriquecidos de la noche a la mañana por las especulaciones bursátiles. -¡Si es imposible perder!

Y sin dudar ya más se lanzó a ese mar revuelto cuyas olas le habían sido tan propicias. Margarita lo había combatido de un modo feroz, por decirlo así. Pero ¡qué entienden las mujeres de estas cosas! No logró convencerlo ni aquel día en que, con sus dos hijos en brazos (dos preciosuras, frutos de sus amores) le preguntó si correría el peligro de verlos expuestos al deshonor o a la miseria. «Tú -agregaba ella- has nacido para desempeñar un papel más alto que el de bolsista. Tu misión no es la de ir a atrofiarte con los cálculos financieros». Él, empecinado, no le había hecho el honor de tomar en cuenta sus opiniones. La quería mucho, muchísimo, pero las mujeres -se decía el doctor acercando las manos al fuego- ¡qué entienden las mujeres de estas cosas! ¡Fresco estaría yo si le hubiera hecho caso! No me vería dueño de los diez millones que mañana, cuando me retire de los negocios (siempre Glow pensaba hacerlo, sin llevarlo a efecto nunca), me permitirán comprar la posición política que mejor me acomode!...

-¿Estás loco, Luis? ¿Todavía sigues en la empresa de iluminar la casa diariamente, con escándalo de los vecinos que nos tendrán por unos grandísimos deschavetados?... En fin, no pongas ese gesto. Si te lo digo es porque...

-Pues yo ¿qué cargos no tendré derecho a hacerle a una paseandera muy buena moza que conozco, cuyo marido viene de la calle con deseos de darle un abrazo, y se encuentra con que anda calavereando por esos mundos de Dios?

-¡Si vieras lo que he tenido que moverme para conseguir un dichoso género que necesitaba! He pagado el día del modo más superficial y aburrido... No, he dicho mal, aburrido no, porque las mujeres no nos aburrimos nunca en estos trotes... De la «Ciudad de Londres» al «Progreso», del «Progreso» a la casa de Carrau, y en ninguna parte encontraba una tela de mi gusto. Al último salí del paso con un género tornasolado que es de lo mejorcito que he visto en mi excursión. Estoy deshecha. ¡Y pensar que el domingo es el baile, y todavía no hemos hablado ni siquiera a los tapiceros!

De pie en la puerta del comedor, cuya cortina cruzada parecía recogerse sola para darle paso; alta, blanca, con esa blancura ligeramente sonrosada bajo la cual se adivina la sangre ardiente y joven; de ojos negros, relampagueantes, ojos andaluces, enormes, luminosos, fascinadores; el pelo ondeado, rebelde, sin reflejos, más negro, si cabe, que los ojos, sosteniendo en sus olas de tinta una gorrita dorada que parecía naufragar, como bajel de mástiles de oros, juguete de aquel mar que a cada instante se desbordaba en forma de provocativo mechón sobre la angosta frente griega, dando pretexto a una manecita ágil y regordetona para echarlo atrás con un movimiento lleno de familiaridad cariñosa; envuelta en lujoso abrigo de terciopelo bronceado, cuyos pliegues dejaban adivinar las formas incitantes de un cuerpo llegado al apogeo de su espléndido desarrollo, alto el seno, la garganta llena y turgente, escapándose en suave curva para ir a confundirse con la piel de cisne arrollada al cuello como una víbora de nieve; Margarita, mientras hablaba con volubilidad graciosísima, pugnaba por sacarse un largo guante de piel de Suecia, el cual no quería, no, desprenderse de aquella mano ni de aquel brazo cubierto de ligero vello, que al fin quedó desnudo hasta el codo.

-Un beso.

-No.

-¿Por qué?

-Dos sí.

Y la soberbia mujer estiraba a Glow sus húmedos labios, en los que palpitaba una música que rompió a tocar bajo los bigotes del doctor.

-¡Vaya, juicio! ¿Sabes que afuera hace un frío polar?

-Siéntate aquí, cerca del fuego.

Margarita tomó una silla y se sentó delante de las brasas.

-¿Qué me cuentas de nuevo? -preguntó la hermosa, desatando el lazo que unía bajo una de sus orejas las anchas cintas de la gorra, y dejando al descubierto dos joyas sonrosadas que para valer mucho no necesitaban los grandes solitarios prendidos a ellas.

-Mucho. Figúrate que me he hecho fabricante de licores.

Y le contó la historia del químico fabricante de chartreuse.

-Ten cuidado -le dijo Margarita, cuando hubo concluido. -No entregues así no más dinero a un hombre que puede ser un pillo.

-Fouchez me lo ha recomendado y...

-¡Fouchez, Fouchez, siempre sales con tu Fouchez! -exclamó la dama, tirando la gorra sobre un sofá, como si hubiera sido Fouchez. -Lo que es yo no puedo ver ni pintado a ese francés botarate.

-Si es excelente... Di que le tienes aprensión, como se la tienes a Granulillo y a...

-Y a ese caballete Gray y al tal Riffi, y a todos los que te rodean, excepto Zolé, que es el mejor..., me parece...

-¿Y por qué esas prevenciones?

-No sé, no los puedo pasar, no me hace feliz verte entre ellos. Temo que el día menos pensado te den un disgusto.

Glow, en su calidad de bolsista y hombre de mundo, de doctor en derecho y ex periodista, pensó que las mujeres no deben meter su cuchara en los asuntos formales, y en consecuencia, para evitar discusiones que consideraba inútiles y enojosas, cambiando de conversación, preguntó por los niños.

-¿Quieres verlos?

-Sí.

-¡Lorenza! -gritó Margarita, dirigiendo la voz hacia la puerta por que había entrado.

-¿Señora? -respondió una voz lejana.

-Trae los chicos.

-Ya van, señora.

Fue primero un ruido sordo e intermitente, parecido al que hacen las patas de los caballos cuando galopan en un terreno blando y arenoso. Después pareció que la naturaleza del terreno cambiaba, que de blando se tornaba en duro, pues el pataleo aumentó a un grado tal, que la cristalería se vio obligada a producir un repiqueteo, como llamando al orden.

Y de improviso, caballero en grueso bastón que hacía encabritar a su antojo, la espada en alto, desnuda, amenazadora, hizo irrupción en el comedor un general que no llegaría a la altura de la mesa, con el floreado kepí echado atrás, la mirada fulgurante, y el ademán resuelto del que se lanza al asalto dispuesto a vencer o a morir. Así dio la vuelta a la habitación, y vino a desmontar junto a Glow, que premió los bríos del militar con un beso en la frente.

-Milá, papá, que lilo, -dijo el héroe alargando a Glow su espadín de empuñadura de nácar.

Preparábase el doctor a cogerlo, cuando otro personaje se presentó en escena. Pero esta vez no fue un militar sino una mamita, de estatura más menguada aún que el militar, la que con gravedad digna de su misión, avanzó llevando en brazos una magnífica muñeca que a duras penas podía sostener. Su amor de madre parecía darle fuerzas, sin embargo. Iban vestidas casi de igual manera, pues ambas llevaban trajes de felpa azul, ceñidos al cuerpo con anchos cinturones escoceses sujetos atrás por gigantescos moños. Las dos eran rubias, aunque el pelo de la mamá, recogido por una cinta roja en el medio de la cabeza, y suelto después en ondas de oro sobre la espalda, era más fino y brillante que el de la hijita.

-Avance usted, señora, dijo el improvisado abuelo, estirando el brazo para apoderarse de la muñeca, que la mamita lo entregó no sin cierta desconfianza.

-¡Yo, yo plimelo!-exclamó el general adelantando un paso con la impetuosidad propia de su heroísmo.

Glow lo miró con severidad.

-Las damas son antes que los caballeros.

-¿Y los Lapololes, como yo? -preguntó el pergenio sin cejar, apoyándose con una mano en su espada, como si fuera un cetro, y pasándose la otra por la naricita.

-Los Napoleones se callan la boca cuando su papá se lo manda, y usan pañuelo para que nadie pueda tratarlos de mocosos.

El general sintió que se le acababan los bríos. Mudo y cabizbajo fue a esconderse entre los pliegues del tapado de Margarita.

Derrotado el militar, avanzó la mamita.

-¿Quién es esta niña tan juiciosa?

-Mi hiquita.

-Mi nieta entonces... ¿Y cómo se llama?

-Sala.

-¿Por qué se llama Sara?

-Porque le dice Lolencha que es el nombre de la hija del pastelero.

Para la chica no había dama de más fuste que la hija del pastelero.

Glow y Margarita se echaron a reír de la ocurrencia.

-Bueno, señora, tome V. su hija, y cuídela mucho; pero si anda mal, ya sabe...

Y el doctor hacía con la mano un ademán muy popular entre los niños.

-Ahora Vd., señor Napoleón.

El héroe salió de su escondite como hubiera podido salir de un baluarte.

-A ver esa espada... ¡Amigas, es tremenda! ¿Y para qué la quiere?

-Pa pelear -contestó Napoleón, recuperando los bríos.

-¿Para pelear con quién?

-Con la patria.

-Por la patria -rectificó Margarita, pudiendo apenas hablar, de risa.

-¿Quién te ha enseñado eso?

-Mamá.

-Tiene razón. No se debe desenvainar la espada sino para defender a la patria. Ya te enseñaré cómo y cuándo debes hacerlo... ¡Pero, cuidado, no te entusiasmes en falso! - exclamó el doctor, que habiendo devuelto al militar su arma vio la punta de ésta muy próxima a uno de sus ojos. Y ahora, a comer. ¡Basta de chacota!

Levantose Margarita y oprimió el botón del timbre eléctrico que colgaba de la araña como una borla.

-¿Señora?

-La comida.

Cinco minutos después, el doctor, sentado a la cabecera de la mesa, al lado de su mujer y de sus hijos, se sintió feliz, tan feliz, que ya no podía serlo más. Habló del próximo baile que iba a dar para inaugurar su palacio, de los preparativos que había que hacer, de los invitados, cuya lista pensaba confeccionar al día siguiente. Dijo que incluiría en ella al elemento oficial, y como Margarita se mostrase contraria a esta idea, Glow dijo que así convenía a la buena marcha de sus negocios.

¡Come, come, insigne doctor, saborea despacio los manjares que te presentan, porque los bolsistas como tú, sábelo bien, no tienen nunca seguro el pan de mañana!...

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

